

MONTERREY EN EL ESPEJO

CRÓNICA DE SUS HABITANTES, MONUMENTOS Y ESPACIOS PÚBLICOS



PABLO LANDA RUILOBA

PABLO LANDA RUILOBA (1983)

Es egresado de la Universidad de Yale y candidato a doctor en Antropología por la Universidad de Princeton. Ha realizado investigaciones, entre otros temas, sobre la cultura sefardita en los Balcanes, la historia y la memoria de la arquitectura moderna, y acerca de la vivienda social en México.

MONTERREY EN EL ESPEJO

CRÓNICA DE SUS HABITANTES, MONUMENTOS
Y ESPACIOS PÚBLICOS

MONTERREY EN EL ESPEJO

CRÓNICA DE SUS HABITANTES, MONUMENTOS Y ESPACIOS PÚBLICOS

COORDINACIÓN EDITORIAL

Carolina Farías

CUIDADO EDITORIAL

Dominica Martínez

DISEÑO EDITORIAL

Eduardo Leyva

Agradecemos a las siguientes personas e instituciones su autorización para publicar fotografías de sus colecciones:

RODOLFO BARRAGÁN
JUAN CELADA SALMÓN
VIRGILIO GARZA JR.
ELTON W. KRUGER
PABLO LANDA
FAMILIA LLAGUNO FARÍAS
CONCHALUPE MADERO
JAVIER OROZCO
ROBERTO ROMERO

CAPILLA ALFONSINA DE LA UANL
FOTOTECA DE NUEVO LEÓN
FOTOTECA DEL TECNOLÓGICO DE MONTERREY
LIBRARY OF CONGRESS, WASHINGTON DC

© D.R. 2012, de las imágenes:

Rodolfo Barragán
Juan Celada Salmón
Virgilio Garza Jr.
Elton W. Kruger
Pablo Landa
Familia Llaguno Farías
Conchalupe Madero
Javier Orozco
Roberto Romero
Capilla Alfonsina de la UANL
Fototeca del Tecnológico de Monterrey
Fototeca de Nuevo León
Library of Congress, Washington DC

© D.R. 2012, de los textos:

Pablo Landa Ruiloba
© D.R. 2012, de la publicación:
Fondo Editorial de Nuevo León
Zuazua 105-2 Sur, esquina Aramberri
Centro, Monterrey, Nuevo León, C.P. 64000.
Teléfono: (52) 81 8344 2970 y 71
www.fondoeditorialnl.gov.mx

CON LA COLABORACIÓN DE:



Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los textos y fotografías de la presente edición por cualquier medio o procedimiento, incluidos los electrónicos, sin la autorización por escrito del Fondo Editorial de Nuevo León y de los autores.

IMPRESO EN MÉXICO
ISBN: 978-607-7577-59-1

MONTERREY EN EL ESPEJO

CRÓNICA DE SUS HABITANTES, MONUMENTOS
Y ESPACIOS PÚBLICOS

PABLO LANDA RUILOBA



FONDO EDITORIAL
DE NUEVO LEÓN



Panorámica de Monterrey, 2008.
Javier Orozco

En el verano, las noches de Monterrey son calientes. Pero en las mañanas, cuando está saliendo el sol, el aire es fresco y todas las cosas tienen su forma precisa; el cielo sin nubes es tan amplio que se alcanza a ver como se curva en los bordes.

Todos los días, antes de que sonara el timbre que marcaba el inicio de clases, surcaba el cielo una parvada de pericos. Los pájaros de las ciudades son casi siempre pardos, del color del polvo que se junta en las banquetas, y cantan como música de fondo. Pero esos pericos eran diferentes, escandalosos, brillantes, desinhibidos, como si el valle en el que se extiende la ciudad fuera sólo suyo.

En una ocasión hubo una tormenta que parecía que nunca iba a terminar; debe haber sido un huracán. Desde el colegio, frente a una ventana –y quizás asustado y fascinado a la vez por las imágenes de destrucciones anteriores que había visto en la televisión– imaginé que una avenida de agua se llevaba toda la ciudad.

Terminaba la tormenta y el valle quedaba completamente vacío. Las montañas que lo rodean se veían limpias y sus bosques eran esponjas que sonaban llenas de arroyos. Entre las piedras y la tierra húmeda comenzaba a emerger una naturaleza sin restricciones, abundante, peligrosa, como la que seguramente hubo aquí antes de que se fundara la ciudad.



Antiguo templo de la Purísima, 11 de diciembre de 1941.
Alberto Flores Varela
D.R. ©
Fototeca de Nuevo León, fondo Flores Varela.



Calzada, escuela y Obispado (Colegio del Sagrado Corazón).
México Fotográfico
D.R. ©
Fototeca de Nuevo León, fondo AGENL.

Esculturas de los doce apóstoles, obra de Herbert Hoffman, en la portada de la Purísima.
Javier Orozco



LA IGLESIA QUE PARECE FÁBRICA

Cada época se manifiesta en algunas evidencias externas. En un periodo como el nuestro, en el que pocas personas practican la religión, tenemos que encontrar referencias distintas a las de la catedral gótica. La industria concierne ahora a muchos más —puede ser cierto, como se ha dicho, que nuestras fábricas son el sustituto de la expresión religiosa.

Charles Sheeler

Tení doce o trece años cuando, en una cuaresma, mi abuela prometió que no se vería en el espejo. Su sacrificio, alentado por las monjas del Sagrado Corazón, implicaba renunciar a la vanidad, lo cual, en cierta medida, es una renuncia a la identidad, un reconocimiento de que el yo terrenal es superfluo ante la enormidad del mundo, su historia y en últimos términos, el universo.

Esto ocurrió hacia 1940 en un internado, la Academia Comercial Femenina, ubicada en las faldas del Cerro del Obispado, en un elegante edificio de cuatro plantas, de ladrillo industrial y detalles neo-góticos colados en concreto, que

contenía dos patios, el primero un nivel sobre el segundo, por la pendiente del terreno.

Hace unos cinco años, mi abuela vino de visita a Monterrey —se casó en 1948 y se estableció desde entonces en la Ciudad de México— y me pidió que la llevara a ver su antiguo colegio. Caminé primero por el patio de arriba, luego por el patio de abajo, en silencio. Recorrió los pasillos al aire libre y entró después en un salón; levantó instintivamente la mano izquierda para alcanzar el interruptor de la luz: seguía en el mismo lugar y es posible que incluso los focos fueran los mismos. Nada había cambiado en cincuenta y tantos años.



Enrique de la Mora, monseñor Guillermo Trischler y Córdova y Manuel Gómez Morín en casa de Roberto Garza Sada, 1945. Colección particular.

Al hacerse la luz, comenzaron las historias de mi abuela: “Yo era muy consentida y no me gustaba hacer mi cama. Aquí todas la teníamos que hacer, pero yo nunca la hice. Me enteré años después que la madre Güemes, que me quería mucho, me la había hecho durante los cuatro años que viví aquí, calladita, sin que nadie se diera cuenta”. “Cuando venían los inspectores del gobierno, escondíamos el altar y todos los crucifijos, y nos sentábamos a comer en la capilla, para que creyeran que era el comedor”. “Una cuaresma prometí...”

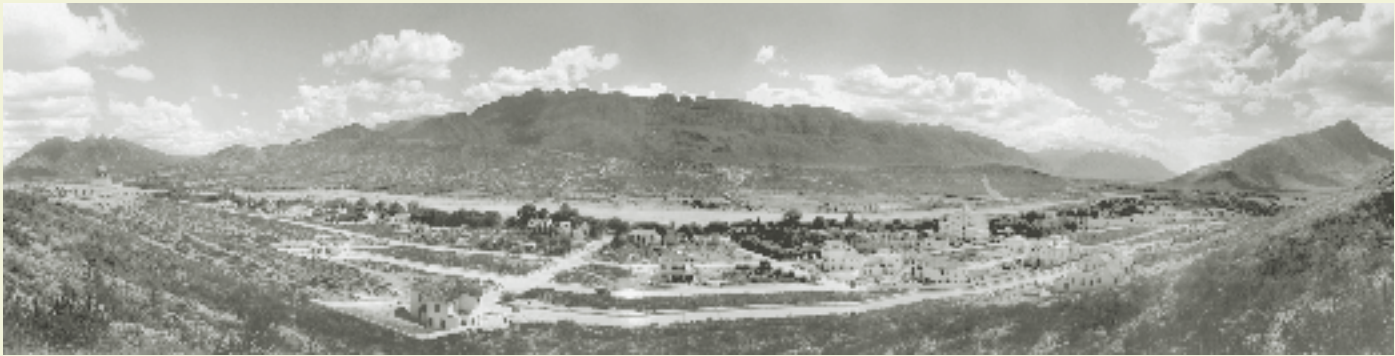
Al terminar nuestro recorrido, salimos del edificio y nos encontramos en la ciudad de los recuerdos, vulnerada por el paso del tiempo. A pesar de que sobreviven ciertas casas de los años treinta y cuarenta en esta área, los alrededores del colegio no se preservan ni cercanamente intactos.

Antes aquí terminaba la ciudad. Más allá sólo estaban el Hospital Muguerza y el Palacio del Obispado, abandonado. Todo lo demás eran huertas, con árboles cargados de aguacates, naranjas, higos y nueces. En el camino a la ciudad estaban la plaza de la Purísima, la placita Hidalgo, la placita Bolívar y finalmente “el centro”, con

el Palacio Municipal, la Catedral y el Casino alrededor de la plaza Zaragoza.

La Purísima era tan solo una iglesita de sillar. Mi abuela recuerda cuando empezaron a hacer planes para derribarla y construir una nueva, moderna, que todos decían, al ver las imágenes que aparecían en los periódicos, que parecía fábrica. A las monjas les parecía horroroso, en sus propias palabras, el proyecto de la nueva iglesia: ¿Por qué poner la imagen de la Virgen Chiquita – que salvó a la ciudad de una inundación en 1757, cuando una zapatera la puso de cara al torrente que venía desde el Cañón de la Huasteca y vio las aguas dividirse– en un espacio tan diáfano, tan amplio, sin rincones secretos, tan poco propicio al recogimiento?

No obstante la oposición generalizada, en 1941 comenzó la demolición de la antigua iglesia y la edificación de la nueva. Habían triunfado – por intervención providencial, a los ojos de la historia de la arquitectura moderna en México– los que deseaban que se construyera la iglesia, entre los que se encontraban preclaros personajes como don Antonio L. Rodríguez, diplomático, em-



presario, líder político de oposición y presidente del comité de construcción de la Purísima; el arquitecto Enrique de la Mora, autor del proyecto; el ingeniero Armando Ravizé, su constructor, y el recién nombrado obispo de Monterrey, Monseñor Guillermo Tristchler y Córdova.

El obispo antes había estado encargado de la diócesis de San Luís Potosí y había participado ya en una discusión sobre el proyecto con otros sacerdotes, durante una visita a Monterrey. La opinión de los demás era que se trataba de un proyecto muy arriesgado, alejado del carácter de la iglesia. Tristchler había dicho, por el contrario, que el proyecto proponía una nueva visión de la religión que a la larga tendría un efecto positivo sobre los feligreses, por la libertad del espacio, lleno de luz, transparente, en contraste con el de los templos tradicionales, cerrados y tristes. El nombramiento de Tristchler como obispo de Monterrey llegó como sorpresa para todos.

La Purísima fue inaugurada en 1946. Con su audaz aplicación de los materiales característicos de la producción industrial de Monterrey, el templo resultó ser un espejo de la ciudad; las protestas contra su construcción fueron, vistas en

perspectiva, la expresión del miedo patológico de quien no quiere encontrarse a sí mismo. En la nueva estructura, compuesta por dos mantos de concreto en forma de parábola que se encuentran y definen una planta en forma de cruz, la ciudad se vio a sí misma por primera vez, con su grandeza y sus contradicciones, su soberbia y su singularidad.

Al ser la sede de la primera iglesia moderna en el país, Monterrey se descubrió vanguardista, abanderada del progreso —y no sólo en la industria, sino en todos los aspectos de la civilización. El progreso se manifestaba en la ciudad, sin embargo, no en grandes naves de acero y cristal para la exhibición de los más recientes avances tecnológicos o en audaces puentes de concreto, sino en una iglesia, ligada inevitablemente al pasado por ser, ante todo, un contenedor para la imagen de la Virgen Chiquita.

A partir de los años cuarenta, en la Ciudad de México se construyeron en el estilo moderno, grandes escuelas laicas y gratuitas y hospitales públicos, expresión institucional del triunfo de la Revolución. Por el contrario, en Monterrey, ciudad de vocación moderna y orgullosa negadora

Panorámica (políptico)
desde el cerro del
Obispado, ca. 1937.
Elton W. Kruger
Colección: Elton W. Kruger.



Interior de la Purísima.
Javier Orozco

del pasado —todavía hay quien dice, “aquí no hay historia, sólo trabajo”— la modernidad arquitectónica comenzó con la construcción de un edificio dedicado a la iglesia, la más antigua de sus instituciones.

Si la nueva estructura ligaba a Monterrey al resto del país, por ser su arquitecto de la capital y por ponerla a la vanguardia de la tradición arquitectónica que emergía entonces, la ciudad se mantenía al margen del proyecto de construcción nacional del gobierno federal, el cual sería, por muchos años más, enemigo del espíritu regiomontano, forjado casi un siglo atrás por gobernantes como Santiago Vidaurri, para quienes los símbolos patrios y protocolos de estado eran fácilmente subvertidos, pragmáticamente, para el beneficio personal.

A mi abuela no le interesa visitar la Purísima. Prefiere que nos regresemos a la casa, antes de que oscurezca. Unos días después voy solo a ver la iglesia. La encuentro vacía, con el gris del concreto original escondido bajo capas y capas de pintura azul y aislante amarillo, y con hartos arreglos de flores de plástico. Me reciben los

doce apóstoles de su fachada principal, obra del escultor Herbert Hoffman. Deben haber parecido excesivamente agresivos, con sus rostros flemáticos, cuando se colocaron ahí.

Al salir de la iglesia, alcanzo a ver una virgen discreta en la parte superior del campanario. Según he escuchado, la esculpió Adolfo Laubner en arcilla y fue quemada en las instalaciones de la Ladrillera Monterrey, como testamento del pacto entre el arte, el sector privado y la iglesia que se materializa en la Purísima.

Dicen también que las bancas del templo fueron hechas con las vigas de madera de la antigua penitenciaría, que se encontraba sobre un terreno que había sido parte de la Alameda. No sería imposible que la Purísima, ahora también en desuso por la transformación de las casas de la zona en oficinas, fuera destruida algún día. Ahora que nada es sorpresa ya casi nadie la recuerda. Podría construirse aquí, en nombre del progreso, un centro comercial, con aire acondicionado y luz de neón; al menos eso ocurre en la pesadilla que hace despertar a los regiomontanos vanidosos, que corren al espejo para verse a los ojos y asegurarse de que fue sólo un sueño.

Postales de la Purísima.
Colección: Carlos Jiménez.





El "Dios Bola", en la plaza del Colegio Civil.

Fuente: *Monterrey a principios del siglo xx*, Museo de Historia Mexicana, 2003.

Portada de la iglesia de San Francisco, 1914.

D.R. ©
Fototeca del Tecnológico de Monterrey.

El Colegio Civil, ca. 1927.

D.R. ©
Fototeca del Tecnológico de Monterrey.

EL ESPÍRITU DEL PROGRESO

Entre los espíritus que pueblan el espacio existe una porción que se preocupa grandemente por la evolución de la humanidad, por su progreso, y cada vez que se prepara algún acontecimiento de importancia, en cualquier parte del globo encarna gran número de ellos a fin de llevarlo adelante, a fin de salvar a tal o cual pueblo del yugo de la tiranía, del fanatismo, y darle la libertad, que es el medio más poderoso para que los pueblos progresen.

Francisco I. Madero en una carta a su padre en 1910

Ecce Illud Civitas Tempus Verum: éste es, ciudadanos, el tiempo verdadero. Estas palabras estaban grabadas en la pared de piedra, bajo un reloj de sol en un patio del Colegio Civil, que fue, hasta la creación de la Universidad de Nuevo León, la principal institución educativa del estado.

En la plaza frente al Colegio había una esfera de mármol sobre un pedestal de tres metros de altura. Cada una de las caras del pedestal tenía información geográfica, meteorológica e histórica sobre este rincón del mundo: latitud, longitud, altitud, temperatura promedio, precipitación anual,

intensidad de la gravedad, población, número de escuelas primarias, secundarias y profesionales, individuos que saben leer, entre otros.¹ Los números demostraban con objetividad clínica que se trataba de un lugar único en el universo. Según el reloj de sol y aquel monumento, conocido como el Dios Bola por los estudiantes, el tiempo y el espacio eran verdades científicas incontrovertibles.

En la plaza más antigua de la ciudad, destruida en 1914, en el fervor iconoclasta de la Revolución, las verdades habían sido otras: se trataba del atrio de la iglesia del Convento de San Francisco, una estructura discreta, congruente con la precarie-

¹ Juan Casas García y Rosana Covarrubias Mijares, "Alfred Giles en Monterrey", en *Monterrey a principios del siglo xx: la arquitectura de Alfred Giles*, Monterrey, Museo de Historia Mexicana, 2003, p. 110.



Alumnos de quinto año de Medicina del Colegio Civil, 1933.

Jesús R. Sandoval
Colección: Conchalupe Madero.



Alumnos de quinto año del Colegio Civil, 1933.

Jesús R. Sandoval
Colección: Conchalupe Madero.

dad del Monterrey colonial, donde la certeza era, si acaso, un atributo de lo divino.

En el siglo XVII, cuando se construyó el convento, lo terrenal era incierto: Monterrey era un asentamiento pobre en la frontera sin conquistar. Las esculturas que decoraban la fachada de su iglesia eran también pobres, ejecutadas de forma apresurada, no por artistas profesionales, sino por personas dedicadas a sobrevivir —una de ellas se encuentra en el Museo del Obispado; fue encontrada cuando se cavaban los cimientos del Círculo Mercantil Mutualista en la década de los treinta.

Sobre las ruinas del convento se trazó una calle que más tarde llevaría el nombre del general Ignacio Zaragoza y bordearía otra plaza del mismo nombre, entregada ya no a la fe, sino a la nueva historia nacional, verdad cuyas escrituras sagradas serían los libros de texto gratuito.

Hoy no queda nada de esto: ni la plaza Zaragoza —que fue absorbida hace unas décadas por la torpe Macroplaza— ni el Convento de San Francisco. El Colegio Civil, por su parte, fue remodelado; se convirtió en un edificio neo-colonial que olvida que el origen de esa institución es más cercano a la



confianza en el progreso como función de la técnica que al entendimiento del presente mediante el conocimiento del pasado.

El Colegio Civil puede ubicarse en la historia mediante el estudio concienzudo de los hechos y datos que se registran en los archivos. Adquiere sentido, sin embargo, en la medida que se advierte su inserción en el presente. Las historias de quienes recuerdan esta escuela, quienes participaron junto con ella en la formación del carácter de Monterrey, evidencian que su fundación y desarrollo a lo largo de más de un siglo no es un fenómeno aislado en un pasado cada vez más distante.

El Colegio Civil fue fundado en 1857 como alternativa educativa al Seminario: su nombre se refiere a la oposición entre lo civil y lo religioso, no lo civil y lo militar. Mi abuelo recuerda los ejercicios que ahí realizaba hacia 1930, cuando era estudiante: largas marchas cargando fusiles antiguos, de la época de la Independencia. Él empezó a estudiar ahí a los doce años. Era de los más chicos y necesitaba ayuda para saltarse la barda; se escapaba de los ejercicios, según recuerda, junto con sus compañeros *El Pichón* Rangel Frías y Fernando Ca-



nales, aunque luego los castigaran haciéndolos pararse por horas bajo el sol de Monterrey, cargando los históricos fusiles.

“¿Ya no es militarizado el Colegio Civil?” pregunta mi abuelo, casi ochenta años después.

“No”, le digo, “ya ni siquiera es colegio. Lo hicieron centro cultural”.

“Pues qué lástima...”

Después me pregunta: “Y cuando estás en Monterrey, ¿vas a la plaza Zaragoza los domingos a ver a las chamacas?” “No.” “¿A la plaza de la Purísima entonces?” “Tampoco.” “¿Y a la Alameda los sábados?” “No.” “¿Entonces qué hacen ahora en Monterrey?”

El Casino todavía existe. Ése es uno de los únicos puntos en común en nuestra visión de la ciudad. Mi abuelo recuerda que había un pequeño zoológico en la Alameda, con venados y hasta un cocodrilo. La imagen de un cocodrilo en el estanque de la Alameda me hace pensar en un tiempo casi prehistórico: a pesar de que los dos sabemos cuál es la calle Hidalgo y los dos hemos subido a la Ventana de Chipinque, cuando hablamos de Monterrey parece que hablamos de ciudades distintas.

Plaza Zaragoza, ca. 1920

D.R. ©

Fototeca del Tecnológico de Monterrey.

Kisosko central de la plaza

Zaragoza.

D.R. ©

Fototeca del Tecnológico de Monterrey.

Los sábados, antes de ir a la Alameda, mi abuelo iba al cine, a las matinés —recuerda funciones en los cines Rex, Anáhuac y Progreso. A veces también iba a la alberca Monterrey, que se dice estaba ubicada en el punto donde se fundó la ciudad, y se convirtió en fuente en los años sesenta, y en los ochenta quedó escondida entre la Macroplaza y sus monumentales estacionamientos.

En las tardes iba a la Botica Bremer, en la calle Morelos. En la planta baja había una nevería y en el segundo piso eran los bailes de UFA, la Unión Fraternidad y Alegría, un club social del que mi abuelo era miembro. En algunas ocasiones ponían discos y en otras había música en vivo. “Todos tenían ropa muy elegante y yo sólo un saco bastante viejo, así como el que traes puesto”, me dice, riéndose.

“Esto seguro ya te lo he contado muchas veces...” Al advertir que estoy dispuesto a oír la historia otra vez continúa: “Cuando entró el general José Gonzalo Escobar a Monterrey, en 1929, que creo que fue el último episodio de la Rebelión Escobarista en la ciudad, yo estaba en casa de mis primos cuando nos avisaron.

“Mis tías decidieron que nos fuéramos a encerrar en casa de uno de mis tíos, que era entonces

el gobernador. Me acuerdo que estaba en cama, con mucha fiebre y le dijo a uno de sus generales que mandara una locomotora cargada de dinamita para que chocara contra el tren en el que venía Escobar desde Saltillo, pero no pudieron porque no encontraron locomotoras.

“El caso es que estábamos en casa de mi tío y una de sus hermanas decidió que siempre no era buena idea estar ahí, que el primer lugar que iban a atacar los rebeldes era la casa del gobernador, por lo que sugirió que nos fuéramos mejor a su casa.

“Cada uno cargó con algo de comida, porque si el sitio duraba mucho íbamos a necesitar suficiente. A mí me tocó llevar una bolsa grande de pan. Cuando iba cruzando la calle Cuauhtémoc venían ya entrando los escobaristas, que habían llegado a la estación de tren en Colón y venían echando balazos por todos lados.

“Alcancé a cruzar la calle y antes de entrar a la casa en la que nos íbamos a encerrar unos señores me hicieron notar que se me había caído una pieza de pan: tenía una agujero de bala. Una bala había atravesado la bolsa que llevaba cargando y había tirado esa pieza de pan, y yo ni cuenta me había dado”.

Los rebeldes sí entraron a la casa del gobernador como había sido previsto, pero para entonces ya también el gobernador había desaparecido —lo habían sacado por la puerta de atrás y lo habían llevado en carro hacia Linares, por la Carretera Nacional. Los rebeldes buscaron cosas de valor que pudieran llevarse, pero no encontraron nada; todo había sido enterrado en el jardín unas horas antes.

Mi abuelo recuerda que sus primos y él se subían a la azotea cuando no los veían los adultos para ver a los soldados que andaban rondando la ciudad. Recuerda también que un militar entró a caballo hasta la sala de la casa dando instrucciones, como que pusieran colchones contra las puertas para que no entraran las balas.

Pero el sitio no duró mucho. El general Juan Andreu Almazán persiguió a los rebeldes que habían tomado Monterrey y terminó por someterlos en Chihuahua. Otros generales —entre ellos Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles— acabaron con los escobaristas y sus aspiraciones de poder en otras partes del país.

“La Revolución no terminó hasta que cada general hizo su guerrita para tratar de ser presidente”, dice



Postal de la Carretera
Monterrey-Chihuahua, Sierra
Anáhuac, Nuevo León.
M.M. López
Colección: Carlos Jiménez.



Postal de la
Catedral de Monterrey.
Ortiz Fotógrafo
Colección: Carlos Jiménez.

mi abuelo. El general Almazán también trató, pero ya sin las armas. En 1940 fue candidato a la presidencia contra Manuel Ávila Camacho. Mi abuelo, que para entonces era estudiante de sexto año de medicina en la Ciudad de México, fue parte de las Juventudes Almazanistas que lo apoyaban en su campaña.

Buena parte de los habitantes de Monterrey también lo apoyaba, ya que promovía una visión de la economía congruente con la de los industriales y terratenientes regiomontanos, quienes deseaban un gobierno que revirtiera las políticas cardenistas, además de que, como jefe de la zona militar de Nuevo León y empresario, había sido un importante agente en el crecimiento y modernización de la ciudad.

Hacia 1936, en su papel de empresario, Almazán construyó la carretera a Chipinque, que más tarde se convertiría en las avenidas Gonzalitos y Gómez Morín. En Chipinque hizo una colonia de casas de campo que llamó Olinalá, en honor a su pueblo natal en el estado de Guerrero. En la misma época desarrolló la colonia Anáhuac al norte de la ciudad, como socio de don Antonio L. Rodríguez.



La compañía del general estuvo también a cargo de la construcción de la Carretera Nacional, que conectaba Laredo y la capital del país. Uno de los ingenieros que trabajó con Almazán en este proyecto fue Armando Ravizé, quien era originario de la Ciudad de México y terminó por establecerse en Monterrey.

Ravizé fue un prominente constructor, además de un ideólogo de la identidad regiomontana: participó en la fundación del Club Sembradores de la Amistad y presidió esta organización, fue consejero del Tec de Monterrey, incursionó en la política desde la oposición, y se dio a conocer por sus asertivos discursos.

En Monterrey se le recuerda como un hombre controvertido y lleno de energía. El ingeniero José Emilio Amores, el más lúcido testigo de la historia reciente de la ciudad, al hablar de él recuerda: “¡Los ojos verdes!, ¡le brillaban! Yo iba a su oficina muchas veces, hasta las nueve de la noche, y lo encontraba con los ojos brillantes aquellos...”

“A Ravizé no lo conocí”, dice mi abuelo. “Y Almazán en realidad era un poco pesado, porque durante la campaña nunca nos quiso recibir, y quién sabe de dónde habrá sacado tantas tierras y

tanto dinero..., pero nosotros nos sentíamos muy importantes por andar apoyándolo, como si fuéramos a cambiar el país”.

Monterrey, por su parte, había ya cambiado de muchos modos: de ser una ciudad entregada casi rabiosamente al progreso secular, en los años que siguieron a la Revolución convirtió el catolicismo en un atributo indispensable de su identidad.

Durante la Colonia, Monterrey fue, como todas las ciudades en la Nueva España, un lugar gobernado por obispos y sacerdotes. Simbólicamente, el único edificio colonial que sobrevive es el Palacio del Obispado, que domina la ciudad desde las alturas.

Hacia 1790, el obispo Andrés Ambrosio Llanos y Valdés comenzó a construir un nuevo centro para Monterrey: una plaza en torno a la cual se encontraría una catedral de enormes proporciones y el Hospital de Nuestra Señora del Rosario. Para el diseño de estos edificios y para que realizara una nueva traza para la ciudad, el obispo comisionó a Jean Crouset, un arquitecto originario de Francia que había realizado sus estudios en la Academia de San Carlos de la Ciudad de México.

Interior de la Catedral de Monterrey, 1911.
R.Z. García
Colección: Conchalupe Madero.



Capilla de San José, antiguo seminario en la calle Bravo.
Elton W. Kruger
Colección: Elton W. Kruger.

Fábrica de Hilados y Tejidos “La Leona”, ca. 1930.
Colección: Familia Llaguno Fariás.

Además, Llanos y Valdés fundó el Seminario, que fue la primera institución de educación superior en Nuevo León, y construyó dos presas al interior de la ciudad para contener el agua de sus manantiales, alrededor de las cuales crecieron enormes sabinos. Estas últimas obras fueron las únicas que se terminaron. Las demás se detuvieron por una serie de conflictos entre el obispo y las autoridades terrenales de la ciudad. El Monterrey que había soñado Llanos y Valdés estaba en ruinas antes de que terminara de construirse.

El Colegio Civil se fundó en 1857, durante el gobierno de Santiago Vidaurri, como escuela preparatoria; poco después ofreció también programas profesionales de jurisprudencia y medicina. Hacia 1870 se instaló en la estructura inconclusa concebida como hospital por Jean Crouset. Para entonces el edificio había sido ya adaptado para su nueva función: se completaron cuatro alas de un piso en torno a un patio central, al cual se accedía por una puerta señalada por un segundo piso con techo de dos aguas. Bajo este techo se encontraba el salón de actos, y en un patio más pequeño a su costado, el reloj de sol que recuerda mi abuelo.



La conversión de un espacio de vocación religiosa en el Colegio Civil refleja las aspiraciones de la población de Monterrey de aquel entonces. La ciudad entregaba su pasado a una institución para impulsar sus nuevos ideales seculares y progresistas.

La fundación del Colegio Civil coincide con el inicio de la industrialización en la región. Sólo unos años antes, en 1854, se estableció la primera fábrica de Nuevo León, La Fama, en el actual municipio de Santa Catarina, dedicada a la producción de hilados y tejidos. La inauguración de La Fama fue un evento solemne, honrado por descargas de artillería y música militar.

Otras fábricas de hilados y tejidos se establecieron poco después, como El Porvenir, en El Cercado, y La Leona, en Garza García. Estas industrias y las que les siguieron —la gran mayoría en Monterrey, ya que el poder en Nuevo León pronto se volvió monolítico, concentrado todo en su capital— contribuyeron al desarrollo de la ciudad como centro social, político y económico del noreste de México. Esta centralidad atrajo un volumen considerable de inmigrantes —capitalistas, profesionistas liberales y trabajadores— de otras partes del país y del extranjero.

Postal del Obispado visto desde cerca.
Victor Weiskopf
 Colección: Carlos Jiménez.

Postal del Obispado.
J.G. Hatton
 Colección: Carlos Jiménez.

Los inmigrantes llegaron a la ciudad en busca de nuevas oportunidades y, en su mayoría, estuvieron comprometidos con el desarrollo económico de la ciudad en los mismos términos que sus patrones. Sus barrios se establecieron en lo que entonces eran las afueras de la ciudad: hacia el sur, el barrio de San Luisito—desde 1910 conocido como la colonia Independencia—estaba poblado predominantemente por personas originarias de San Luis Potosí. A partir de la década de 1880, durante la cual llegaron distintas vías férreas a la ciudad, se formaron otros barrios populares al norte de la ciudad, como el Nacional y el del Golfo, alrededor de las estaciones a las que llegaban los inmigrantes.

Las otras ciudades y pueblos de Nuevo León—Linares, Montemorelos, Lampazos, Cadereyta, García—comenzaron a volcarse desde entonces hacia Monterrey, formando un mosaico cada vez más amplio de prácticas culturales e historias personales y familiares. Los inmigrantes llegaron a la ciudad en busca de nuevas oportunidades y estuvieron comprometidos con el desarrollo económico de la ciudad, en su mayoría, en los mismos términos que sus patrones. Por su parte, los capitanes de industria contribuyeron a que, a lo lar-





Primera iglesia
bautista de Monterrey.
Javier Orozco

go de los años, los trabajadores se constituyeron como una clase media que consumiera los productos de sus empresas. El pulque y el tequila, entre otros alimentos artesanales, no fueron populares en Monterrey, en donde para 1900 la cerveza Carta Blanca era la bebida de elección.

Por su parte, junto con los inmigrantes de los Estados Unidos y Europa que llegaron a la ciudad a finales del siglo XIX y los hijos de las viejas familias de la región que comenzaron a regresar a la ciudad tras realizar estudios en el extranjero, llegaron también nuevas ideas e inclinaciones religiosas. Poco antes del cambio de siglo se establecieron comunidades protestantes que construyeron templos con memorias góticas y georgianas en el centro de la ciudad. En aquella época creció también la masonería y se establecieron comunidades espiritistas. La ciudad era cada vez más diversa y daba cabida a grupos con ideologías progresistas e incluso anticatólicas.

En este contexto de prosperidad para las industrias y nuevas asociaciones religiosas y sociales, la autoridad de la Iglesia católica era cada vez menor. Hacia 1910, había en toda la ciudad sólo veintinueve sacerdotes para una población de 73



mil personas,² lo cual representa una de las menores proporciones en el país. Se dice que sólo las mujeres entraban a las iglesias; si un hombre lo hacía se le acusaba de fanático.

Antes de la política represora del catolicismo del régimen posrevolucionario, en Monterrey comenzaron a secularizarse los espacios públicos. La calle de San Francisco, por ejemplo, que conducía al antiguo convento, se convirtió en la calle Melchor Ocampo, en honor al fiero defensor de la Ilustración francesa en tiempos de Juárez.

Olvidado el proyecto de la majestuosa catedral que imaginó Llanos y Valdés como el corazón de la ciudad, en 1833 se había consagrado una iglesia inconclusa de sillar como catedral—su campanario fue terminado hasta 1899. Durante el lento proceso de construcción del campanario se erigieron estructuras más sobresalientes para fines harto distintos: la producción industrial, la buena administración, el crecimiento económico, y la celebración de todo esto como evidencia del progreso, concebido como un proceso histórico lineal y ascendente.

La Cervecería Cuauhtémoc, terminada en 1892, es quizás la expresión más destacada del espíritu de la época. Se trata de una sólida estructura de acero

cubierta por una piel de ladrillo en cuyo centro se eleva una torre que evoca un faro. Esta torre fue la construcción más alta de la ciudad hasta bien entrada el siglo XX. El edificio comparte elementos con los que comenzaban a elevarse entonces en Chicago y Nueva York: es un rascacielos, el primero de México.

Durante los gobiernos de Santiago Vidaurri y de Bernardo Reyes—de corrientes políticas muy diferentes pero defensores de la industria y abanderados del progreso por igual— las autoridades compartían objetivos con los empresarios. El crecimiento de la actividad económica de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta el inicio de la Revolución fue acompañado de exenciones de impuestos por hasta veinte años, y facilidades para compañías con inversiones extranjeras, entre otros incentivos.

Después de la Revolución, los intereses del gobierno tomaron una nueva dirección. La lucha fue iniciada por Francisco I. Madero como un movimiento liberal y progresista. Madero era el nieto mayor de Evaristo Madero, industrial y banquero con operaciones en Monterrey, y había estudiado en París y Berkeley, California, de donde regresó inmerso en la doctrina espiritista de Allan Kardec.

Cervecería Cuauhtémoc,
ca. 1950.
Eugenio Espino Barros
D.R. ©
Colección Histórica FEMSA.

² Juan Mora Torres, *The Making of the Mexican Border: The State, Capitalism, and Society in Nuevo León, 1848-1910*, Austin, University of Texas Press, 2001, p. 196.

Si bien al terminar el conflicto armado se alcanzaron algunos de los ideales por los que se había luchado, no se cumplió uno de los objetivos principales que buscaba Madero: el establecimiento de un sistema político democrático.

Por muchos años más, el presidente sería una figura absolutista, propensa a escribir la palabra ejecutivo con “e” mayúscula. El centralismo se convirtió en una política nacional y nacionalista que concebía el progreso de modo distinto a como había sido concebido en el primer auge industrial de Monterrey. El desarrollo económico dejó de ser una prioridad; lo fue una vez la distribución de la riqueza y, más tarde, la supervivencia del sistema político revolucionario y su esquema de privilegios.

En 1926 el entonces presidente Plutarco Elías Calles —autoproclamado Jefe Máximo de la Revolución mexicana, fundador del partido que más tarde se convertiría en el PRI y figura detrás del poder durante el mandato de sus tres sucesores inmediatos— lanzó una agresiva campaña contra la religión. Esta situación condujo a revueltas populares en el centro y occidente del país y, en Monterrey, a la adopción gradual del catolicismo como símbolo de la oposición al gobierno federal y la legitimidad de las estructuras

sociales y económicas del siglo XIX. Mientras que ir a la iglesia durante la época del despegue industrial de Monterrey era visto como un acto antiprogresista, enemigo de las ideas que animaban el crecimiento económico y el desarrollo cultural de Monterrey, a partir de la presidencia de Elías Calles se convirtió en una actividad defensora de los valores e identidad de la ciudad.

Lázaro Cárdenas asumió la presidencia en 1934 y finalmente acabó con el poder de Calles. Si bien su política hacia la religión fue más moderada, mantuvo una visión contraria a la de los industriales de Monterrey. Su gobierno aseguró el control del estado sobre los medios de producción mediante la expropiación de los bienes del subsuelo y la colectivización de las tierras. En su visión, el desarrollo económico, para ocurrir en un contexto de justicia y equidad, debía estar inscrito en la esfera de control del estado.

De acuerdo con una crónica del ingeniero Bernardo Elosúa³ —prominente hombre de negocios y filántropo que tuvo un papel destacado, entre otras cosas, en la fundación del Tec de Monterrey— en 1936 se realizó una protesta contra las políticas socialistas del gobierno de Cárdenas en la que participaron 70

³ “Su origen y sus idearios, Club Sembradores de la Amistad”, en, Armando Ravizé. *Obras para la comunidad*. Monterrey, 1985.

mil regiomontanos. El presidente se vio obligado a viajar a Monterrey para calmar los ánimos.

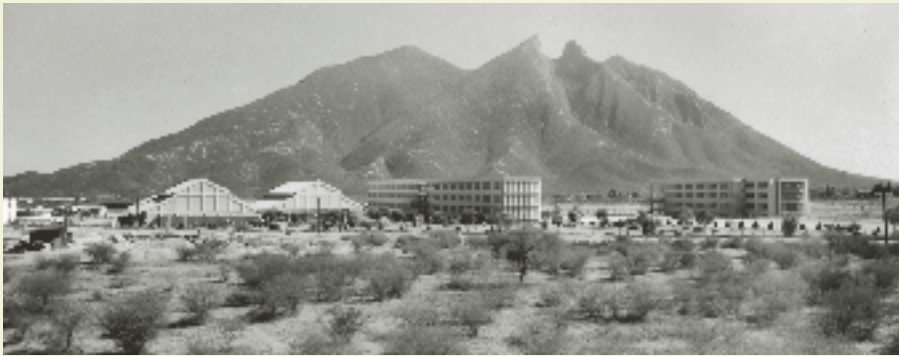
Pocos días después, Josephus Daniels, embajador de los Estados Unidos en México declaró en un Club Rotario en Texas que no era cierto que hubiera comunismo o socialismo en México, y que las protestas eran sólo una estrategia de los industriales de Monterrey para desestabilizar a Cárdenas y afianzar su propio poder.

El Club Rotario de Monterrey—entre cuyos miembros figuraban muchos de los líderes empresariales de la ciudad—exigió que las oficinas centrales de esta sociedad en los Estados Unidos se distanciaran de las declaraciones de Daniels. Al no recibir respuesta, los inconformes decidieron fundar un nuevo club, que llamaron Sembradores de la Amistad, la filosofía sería congruente con la nueva identidad regiomontana, que conjugaba un sentimiento de exclusión del proyecto nacional con la noción de exclusividad, inmersa en una ideología conservadora.

Para 1940, cuando Almazán buscó la presidencia, la ciudad ya era otra. El nuevo Monterrey fue el que convirtió el Colegio Civil en un edificio neocolonial, destronó al Dios Bola y construyó la iglesia de la Purísima.



Vista posterior del antiguo edificio de la Cervecería Cuatémoc, S.A. 1949.
Eugenio Espino Barros
Colección Histórica FEMSA.



Vista del Tecnológico
de Monterrey, ca. 1957.
Elton W. Kruger
Colección: Elton W. Kruger.

Postal del Cerro de la Silla,
visto desde terrenos cerca
del Tecnológico
de Monterrey, antes
de ser urbanizados.
Colección: Carlos Jiménez.



EL ESPACIO IDEALIZADO

El arquitecto Adán Lozano tiene su despacho en Amazonas, una calle en el corazón de la colonia del Valle que ha dejado de ser habitacional, aunque conserva cierta semejanza con los suburbios de Monterrey en los cincuenta —esta zona quiere convertirse en el *strip* de Las Vegas, pero encuentra la resistencia de los viejos fresnos y nogales, y la memoria de una acequia que corría desde ahí hasta el casco antiguo de San Pedro Garza García.

Me dirigí a una cita con Adán sin saber la dirección de su oficina. Me dijeron únicamente, “se nota cuál es”. Pero recorrí Amazonas de un extremo al otro y no la encontré. Ya diez minutos tarde, hablé a su oficina para que me dieran el número. Pero lo entendí mal y repitiendo “setenta y cinco” una y otra vez en la cabeza, llegué a donde debía de estar y no había nada. Quizás era el 57, pensé, pero tampoco. Entonces comencé a acercarme a cada edificio blanco —porque las obras de Adán

son siempre blancas— a preguntar: “¿Aquí es el despacho de Adán Lozano?”

Un guardia en el primero me dijo: “No es aquí, pero si sigues caminando en esta dirección vas a llegar”. Seguí caminando y otra vez nada. Unas cuerdas después me topé con otro edificio blanco. Sin muchas esperanzas, pregunté a la recepcionista, “¿Es aquí el despacho de Adán Lozano?” Y tampoco era, pero me dijo, “Es amigo nuestro y su oficina está aquí cerca..., no recuerdo exactamente en qué número..., déjeme le llamo”. Me apuntó el número en un pedazo de papel, de manera que ya no pudiera equivocarme y se despidió de mí amablemente: “Que tenga un buen día”.

Ya para entonces no me importaba mucho haber perdido veinte minutos de conversación con Adán. Sentía que, como *Alicia a través del espejo*, había entrado por accidente a un mundo secreto, el revés de la ciudad desordenada y agresiva. En este rincón de Monterrey, pensé, los vecinos se



Aulas del Tecnológico de Monterrey, ca. 1950.

Carlos Pérez-Maldonado

D.R. ©

Fototeca de Nuevo León,
fondo Pérez-Maldonado.

conocen y se saludan en las calles y ayudan a los extraños y se despiden de ellos diciendo, “Que tenga un buen día”.

Cuando finalmente entré en el despacho de Adán descubrí que efectivamente, “se nota cual es”, pero sólo en el interior, con sus acabados de madera y objetos cotidianos aparentemente sin valor —no son antigüedades ni piezas únicas— que han sido cuidadosamente escogidos de manera que tengan una relación con todo lo que los rodea, y produzcan, para quién los advierte, una felicidad cercana a la paz.

“¿De qué quieres que te platique?” me preguntó. Le sugerí un tema, sabiendo que sería sólo un pretexto para comenzar; su conversación es poco sistemática, nunca cronológica: es más bien variada, generosa y apasionada, y su pasión nada tiene de calculada.

Comenzó entonces por platicarme de cuando estudiaba en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, mejor conocido como el Tec, primero la preparatoria y después la carrera de arquitectura. En aquel entonces el director de la carrera era el arquitecto Ricardo Guajardo, y entre los profesores —venidos todos

de fuera porque en Monterrey no había arquitectos— se encontraban Manuel Rodríguez Vizcarra, José Luis Pineda, Alfonso Laubner, Antonio Joanidís, y otros como José Villagrán García y Augusto H. Álvarez que venían a la ciudad unas semanas cada año como profesores visitantes.

Cuando Adán inició sus estudios en el Tec ya se habían construido los primeros edificios del campus: Aulas I, Centrales y la mitad de Aulas II. En este último se instalaron los talleres de arquitectura, en el tercer piso, que tiene un gran balcón desde donde se puede observar el jardín central del complejo universitario, el cual se proyectaba ya como el corazón de una nueva comunidad profundamente ligada a la historia y el carácter de Monterrey.

El diseño del campus fue encomendado a Enrique de la Mora en 1945. La solución que propuso el arquitecto no fue menos audaz que la de la Purísima. La iglesia fue la primera de diseño moderno en el país y un antecedente de los cascarones de concreto que realizaría Félix Candela a partir de los años cincuenta —muchos de ellos en colaboración con De la Mora. El Tec, por su parte, fue el primer campus universitario en el país

y, como tal, la obra fundacional de una tipología con una historia ilustre en México.

La tradición del campus nació en los Estados Unidos. En el siglo XIX comenzaron a construirse complejos universitarios a partir de planes maestros; no se trataba simplemente de reunir las distintas funciones de una institución educativa en el mismo lugar, insertando sus edificios en una trama urbana preexistente, sino de la concepción de la totalidad de las instalaciones de una universidad, con sus distintas funciones, como unidad arquitectónica, y su construcción en una zona sin urbanizar.

Es una imagen poderosa: la edificación de una nueva ciudad entregada a la búsqueda del conocimiento en un entorno aún salvaje, alejado de la corrupción de las ciudades; el gesto implica a la vez un regreso a lo original y una concesión absoluta al futuro, cuyo signo es la frontera sin conquistar.

El primer campus concebido de esta manera fue la Universidad de Virginia, diseñada en 1818 por el estadista-arquitecto Thomas Jefferson. Esta obra está cargada de referencias a una an-



Postal de Rectoría, Aulas II y
Cerro de la Silla.
Gamboa
Colección: Carlos Jiménez.



Postal con panorámica aérea del Tecnológico de Monterrey en los años setenta.
Colección: Roberto Romero.

Panorámica aérea del Tecnológico de Monterrey, 2009.
Javier Orozco

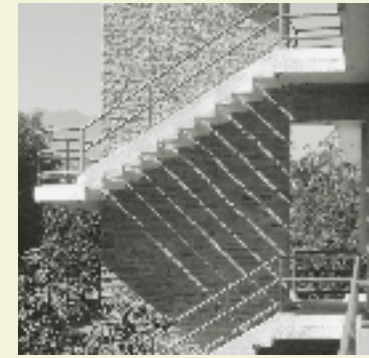


tigüedad clásica idealizada; la preside una biblioteca, La Rotunda, que conjura la memoria del Panteón de Roma.

El emplazamiento del complejo y la disposición de los edificios en el plan maestro del Tec se inscriben en la tradición inaugurada por Jefferson. El terreno en el que se construyó el campus estaba entonces fuera de la ciudad. Hacia 1947 se mudaron todas sus escuelas del centro de Monterrey a donde se encuentran actualmente, en el punto donde empieza el Cañón del Huajuco, que en su otro extremo desemboca en el mar, en el puerto de Tampico.

Adán recuerda que para llegar al Tec había sólo un camión, que cruzaba el río Santa Catarina por un vado—en los días de lluvia se cancelaban las clases, porque el vado se volvía insorteable— y daba la vuelta en el lugar donde se erigiría la biblioteca, que más tarde se convirtió en la rectoría.

La biblioteca-rectoría, diseñada por el ingeniero Armando Ravizé, respetando de manera general los lineamientos del plan maestro concebido por De la Mora, es el objeto focal que, como La Rotunda, domina y ordena el resto de los elementos del complejo. A los costados de la Rectoría se extienden dos edificios lineales de salones de clases,



talleres y laboratorios—Aulas I y II—y en el extremo opuesto se encuentra un edificio de dormitorios—Centrales. Entre estos volúmenes hay un gran espacio interior: el corazón del Tec que Adán Lozano recuerda observar desde el balcón de Aulas II.¹

Se trata de un jardín arbolado en el que circula e interactúa la comunidad universitaria; es un espacio en el que esta comunidad se descubre a sí misma y cobra conciencia de su vocación. El Tec, impulsado por la visión de su principal promotor, don Eugenio Garza Sada, respondería al llamado de guiar el crecimiento y el desarrollo económico de Monterrey mediante la formación de cuadros gerenciales y técnicos para sus empresas. El sistema educativo y el esquema administrativo del Instituto, además de estar profundamente influenciados por los de las universidades americanas, serían congruentes con la nueva bandera de la ciudad, la iglesia de la Purísima, imagen de la técnica inmersa en la moral cristiana.

Para cuando se construyó el Tec, Enrique *El Pelón* de la Mora era ya una personalidad en Monterrey. Sus visitas a la ciudad eran frecuentes; los alumnos de la carrera de arquitectura de aquel entonces recuerdan las pláticas que impartió

en varias ocasiones en el jardín de la Cervecería Cuauhtémoc, lugar donde se recibía a los invitados especiales del Tec. En la década de los cincuenta realizó otras obras notables en la ciudad, entre las que destaca la iglesia de San José Obrero, en colaboración con Félix Candela.

Durante años, Adán Lozano ha guardado recortes de periódicos en los que se habla de la obra de De la Mora en Monterrey. Mientas hablamos de ellas me los va mostrando: hay una serie completa sobre el riesgo que existió en algún momento de que se demoliera la Purísima; otros registran cómo se adosó un terrible campanario a San José Obrero. Al comentar los recortes pareciera que estamos hablando de algo secreto, que los edificios pueden colapsar si hablamos en voz alta. La ciudad avanza fuerte y decidida, sin tiempo para reflexionar. Si supiera dónde están sus obras maestras quizás se detendría para destruirlas y evitar que la obliguen a aferrarse al pasado.

La destrucción casi sistemática de los monumentos de la ciudad desde mediados del siglo XX es un fenómeno paralelo a su crecimiento. La fundación del Tec en 1943 coincide con el establecimiento de

Vistas del edificio Aulas I del Tecnológico de Monterrey.
Pablo Landa

¹ La información sobre la arquitectura del Tec se basa en dos ensayos previos: Agustín Landa Vértiz y Pablo Landa Ruiloba, "Máquinas para el aprendizaje", en *Cátedra Blanca VI*, Monterrey, ITESM, 2007; Pablo Landa Ruiloba, "Apuntes sobre la arquitectura del Tec de Monterrey", en *Gaceta Yale-México*, vol. 1, núm. 1, otoño 2006.



Accionistas de Cervecería
Cauhtémoc.
Colección: Conchalupe
Madero.

Hojalata y Lámina S.A. (HYLSA) y la Segunda Guerra Mundial. Por aquellos años la ciudad creció y se transformó de manera sorprendente; comenzaron a llegar cientos de personas de otras partes del país a estudiar y trabajar en la nueva universidad, los cuales contribuyeron a potenciar los alcances de la industria en una época de gran demanda por sus productos, debido al conflicto armado.

HYLSA nació como parte del grupo de empresas que se desarrolló en torno a la Cervecería Cauhtémoc, establecida en 1890. Desde sus inicios, la Cervecería condujo a la creación de otras de las grandes empresas de Monterrey, las cuales fueron fundadas como industrias hermanas o incluso como departamentos internos de la nueva fábrica: una vidriera, hoy Vitro, dedicada originalmente a la producción de botellas para la cerveza, una fábrica de cartón, Titán, para hacer cajas para transportarlas, y Famosa, una fábrica de corcholatas, entre otras. Estas empresas crecieron y diversificaron sus operaciones hasta conformar un enorme conglomerado industrial.

Con la escasez de acero en los años cuarenta resultó imposible continuar importando lámina

de los Estados Unidos para la producción de las corcholatas como hasta entonces, por lo que los directores de la Cervecería establecieron HYLSA. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la compañía se encontró con un grave problema: para ser competitiva, debía producir acero de mejor calidad, pero para ello necesitaba instalar un horno de fundición o tener acceso al material en su estado virgen. Una tercera opción, más económica y eficiente, fue desarrollada por el ingeniero Juan Celada Salmón, una de las personas que llegó a la ciudad como resultado del establecimiento del Tec.

Cuando Eugenio Garza Sada comenzó a buscar profesores para el Tec, preguntó en distintas universidades de los Estados Unidos por egresados mexicanos que vivieran en el norte del país. Uno de los nombres que obtuvo fue el de Celada, un ingeniero electricista que vivía en Torreón y que había estudiado, como él, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Garza Sada le ofreció trabajo como profesor. Celada le dijo que lo que a él le interesaba era la industria. Llegaron al acuerdo de que impartiera dos horas de clases cada mañana y trabajara el resto del día como asesor en distintas empresas.

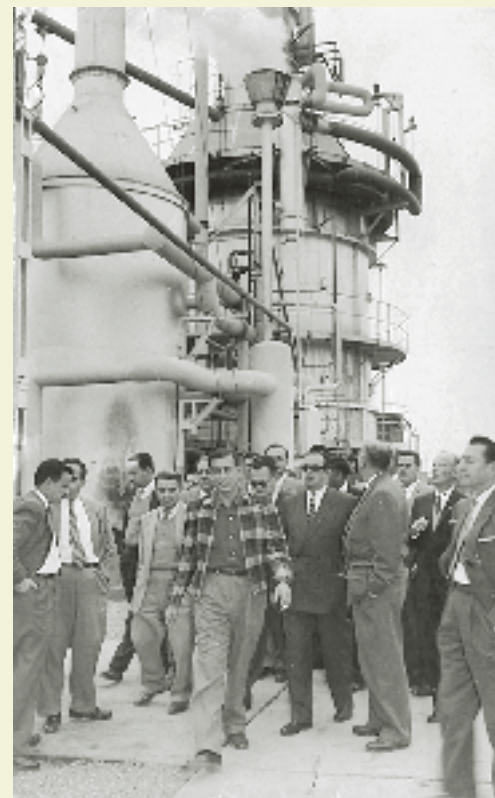
Como ingeniero en jefe de HYLSA, Celada desarrolló el método HYL, que permite la reducción directa del hierro para producir acero. Se trata de un proceso que permitió a la empresa superar las limitaciones que enfrentaba sin tener que hacer una inversión considerable, y su crecimiento en años posteriores fue astronómico.

El método de Celada representó una gran aportación a la industria siderúrgica en el mundo; es una de las innovaciones tecnológicas más destacadas desarrolladas en México en el siglo XX. En el contexto de Monterrey, aceleró el crecimiento económico y poblacional. Durante los años cincuenta, la próspera ciudad se expandió como mancha de aceite. Las instalaciones de HYLSA, entonces en una llanura deshabitada en la frontera norte de la ciudad, se vieron pronto rodeadas por nuevas colonias, entre las que se encuentra la colonia Cuauhtémoc.

Desde su inicio, el crecimiento de la industria regiomontana fue acompañado por el desarrollo de instituciones educativas y asistenciales que ofrecían sus servicios como prestaciones para los trabajadores. En la primera década del siglo XX, por ejem-

Juan Celada Salmón
(al centro)
en una visita a HYLSA.
Colección: Juan Celada
Salmón.

Segunda planta para la
reducción directa del acero,
HYLSA.
Colección: Juan Celada
Salmón.





Las instalaciones de HYLSA desde la colonia Cuauhtémoc.

Pablo Landa

Trabajadores de Cervecería durante una asamblea.
Alberto Flores Varela
D.R. ©
Fototeca de Nuevo León,
fondo Flores Varela.



plo, se fundó la Escuela Politécnica Cuauhtémoc, en la que se impartían programas gratuitos de capacitación en áreas como electricidad, refrigeración, física y química para los empleados de la Cervecería, así como educación primaria para sus hijos. Se trata de un importante antecedente del Tec, cuya creación décadas después fue también parte del proyecto social de los industriales regiomontanos.

En 1918 se estableció una cooperativa que más tarde se convirtió en la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa (SCYF), la cual tuvo como objetivo original el proveer despensas a precios reducidos a los empleados de la Cervecería, pero pronto se convirtió en un complejo organismo con un banco de ahorros, clínicas de servicios médicos y clubes sociales y deportivos. Las instalaciones de SCYF—una obra arquitectónica destacada de Armando Ravizé cuya entrada original recuerda la fachada de la rectoría del Tec— se encuentran frente a la Cervecería. En décadas posteriores, para atender la demanda generada por el crecimiento de las empresas del “Grupo Monterrey”,² y como respuesta a su reorganización administrativa, se crearon otras sociedades con objetivos similares a los de SCYF, como Nova.

Otra de las prestaciones ofrecidas por las industrias regiomontanas fue el subsidio para vivienda. Las colonias Larralde y del Vidrio, entre otras, fueron desarrolladas por las empresas para sus trabajadores. Fue en los años cincuenta, sin embargo, cuando se construyó la colonia Cuauhtémoc, la más acabada expresión de la visión social de los capitanes de industria de la ciudad.

La traza de la colonia fue diseñada por Antonio Joannidis, entonces profesor en la escuela de arquitectura del Tec; se desarrolla en torno a las avenidas Titán y Famosa que concentran el tránsito y ordenan una serie de *culs de sac*. Desde el centro de la colonia, la avenida Famosa es una calzada que enmarca las instalaciones de HYLSA. En un terreno plano, alejado de las montañas que caracterizan y significan el paisaje de Monterrey en otros puntos, HYLSA, con su enorme maquinaria de metal oxidado, se yergue como montaña sagrada.

En el centro de la colonia, en la intersección de sus dos avenidas, se encuentra la iglesia de San José Obrero. Su estructura está compuesta por dos paraboloides hiperbólicos idénticos que se encuentran y tocan el terreno en sólo dos puntos, en el oriente y poniente, y se abren hacia el cielo en los

extremos norte y sur. Esta iglesia, la segunda diseñada por De la Mora para Monterrey, con la audacia y ligereza de su cubierta de apenas unos centímetros de ancho, honra a la Purísima al dar testimonio de los avances en la construcción y el diseño estructural que presagiaban sus mantos de concreto.

Al poniente de la iglesia se encuentran las oficinas de la Federación Nacional de Asociaciones Sindicales Autónomas (FENASA), organización de los sindicatos blancos de las empresas del Grupo Monterrey. Al sur de la iglesia hay una plaza dedicada por los colonos a don Eugenio Garza Sada poco después de su muerte. Así, el centro ceremonial de la colonia reúne sus poderes y símbolos principales: la iglesia, el estado-sindicato y la memoria de su héroe-fundador. Tanto las instituciones del gobierno como sus símbolos son ajenos a este espacio, en el que el grupo empresarial más prominente de la ciudad en el siglo XX se presenta también como la principal fuente de autoridad.

El domingo después de mi conversación con Adán Lozano visité la colonia Cuauhtémoc. Llegué alrededor de las once de la mañana y recorrí primero el club y la clínica Nova, en el extremo poniente de

la colonia. La clínica es un pequeño hospital convenientemente equipado. El club tiene, además de instalaciones deportivas, un enorme auditorio para eventos culturales, salones para cursos y actividades sociales, y oficinas en las que se da asistencia financiera y legal a sus miembros. En su estacionamiento y sus jardines sobreviven antiguos ébanos y nogales. Antes de que se lo tragara la ciudad, este lugar se conocía como el Nogalar y era un sitio popular para días de campo.

Caminé después por los parques de la colonia. La traza de Joannadis permite que entre las calles se extiendan amplios parques, en los que se encuentran escuelas primarias y secundarias para niños y para niñas. Una de ellas se llama Francisco G. Sada, en honor a uno de los fundadores de la Cervecería, otra se llama Isabel la Católica; originalmente, eran todas instituciones religiosas.

Las casas tienen pórticos con mecedoras donde las familias se sientan en las tardes a tomar el fresco y ver pasar a los vecinos. Su disposición espacial recuerda la de los suburbios americanos, con un pequeño jardín hacia la calle y otro privado en la parte posterior. En esta colonia se logró lo que fue imposible en los complejos de vivienda del

² El término "Grupo Monterrey" es descriptivo de un conjunto de las empresas vinculadas por lazos familiares e ideológicos que han definido el desarrollo de la ciudad durante los últimos cien años.



Exterior de la iglesia de San José Obrero.
Javier Orozco

gobierno: mezclar familias con distintos niveles de ingreso; las empresas del Grupo Monterrey hicieron vecinos a sus obreros y mandos medios. Pero esto no es evidente para el visitante de la colonia. La gran mayoría de sus habitantes ha prosperado económicamente y son pocas las casas que no han sido modificadas. Originalmente eran estructuras de una planta, con una placa de concreto como techo. Actualmente son de dos y hasta tres pisos, con grandes cocheras en las que, a esta hora de la mañana, están estacionadas las *pick-ups* y *SUVs*. Nadie camina por las calles y la luz clara del otoño contagia una gran tranquilidad.

Llegué al centro de la colonia cuando comenzaban a salir los fieles de San José Obrero. Entré a la iglesia ya casi vacía. Su interior es más sorprendente de lo que imaginaba. Los cascarones vuelan sin inhibiciones y sólo una membrana de vitrales amarillos contiene el espacio. Desde cada rincón, la estructura de concreto asume una forma distinta.

Según me contó Adán Lozano, la iglesia no se terminó de acuerdo a las intenciones de Candela y de De la Mora. El altar debería estar en el eje más largo, pero se colocó en el más pequeño, lo cual implica que el acceso y la orientación de las

banca es distinta a la que habían proyectado los arquitectos. Además, a lo largo de los años se le han hecho bastantes cambios, como la adición de una sacristía atrás del altar, que oculta uno de los dos puntos en los que la estructura toca el suelo. Estas imperfecciones, sin embargo, no parecen molestar a los feligreses. Desde un punto de vista arquitectónico la iglesia ha sido corrompida, pero esto no le resta integridad a los ojos de quienes la frecuentan.

Los que estaban aún en la iglesia cuando entré se reunieron pronto junto al altar. Eran todos jóvenes, probablemente miembros del coro. Comenzaron a tocar y a cantar, primero exploratoriamente y pronto extáticos, una canción cuya letra decía: “¡Cómo las águilas! ¡Cómo las águilas!” una y otra vez. Mientras cantaban extendían sus brazos y los movían como si fueran alas. Los observé desde lejos, pero ellos me miraban como si estuvieran cantando para mí, invitándome a su ritual. Me atrajo su franqueza, pero no pude dejar de sentir que me estaban tendiendo una trampa.

Salí de la iglesia para tomar aire y superar mi confusión. Pero lo que estaba pasando en el exterior era congruente con lo que pasaba en el interior. Grandes grupos familiares de tres y hasta cuatro

generaciones se dirigían a pie hacia sus casas, seguramente a comer juntos, como todos los domingos. Otros estaban alrededor de la puerta principal de la iglesia –junto al terrible campanario– platicando amenamente con sus vecinos. Al verme parado solo en el atrio me sonreían, invariablemente.

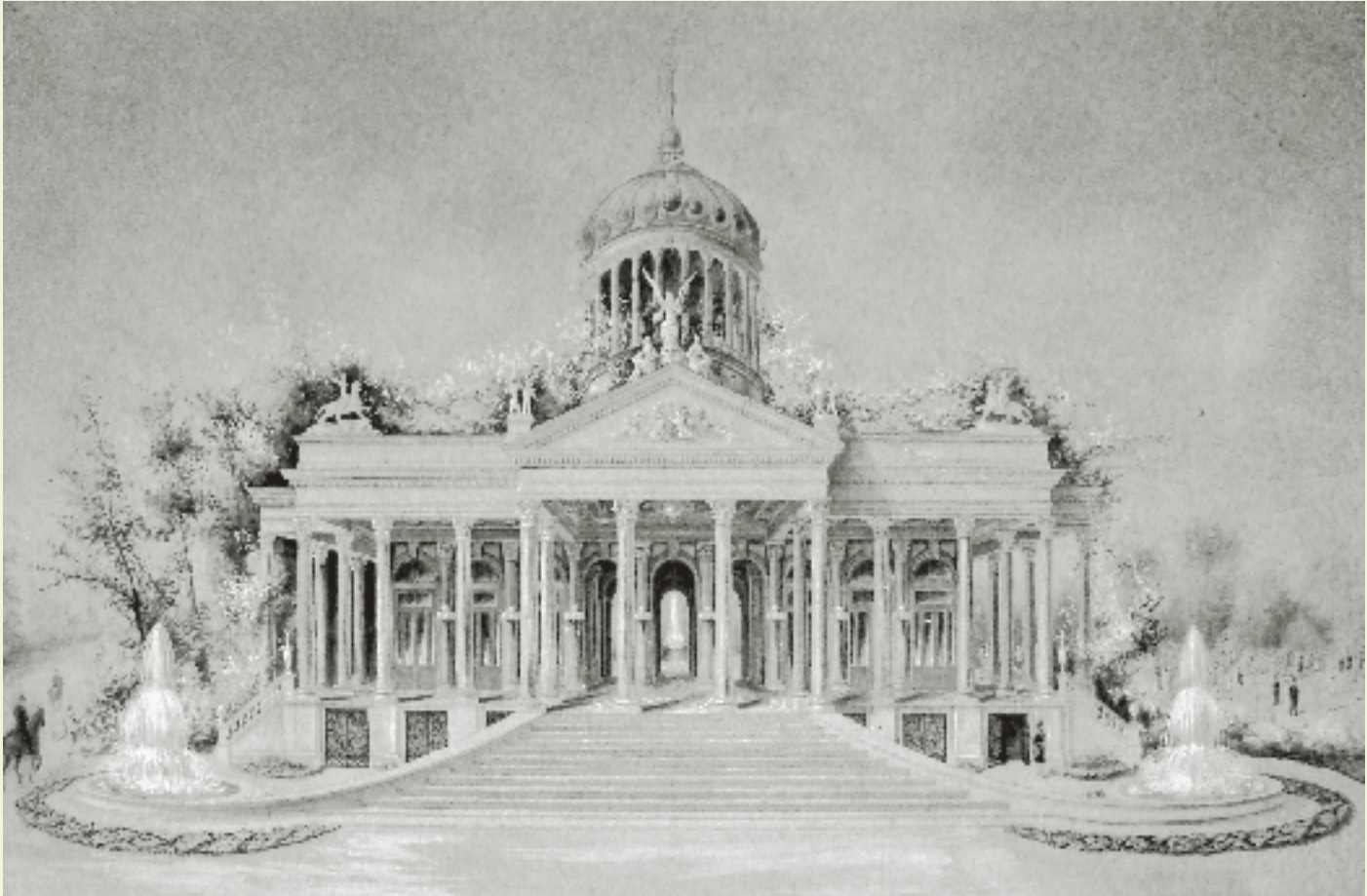
Es evidente, pensé, que en este lugar se cultivaba felicidad, sin ironías; es un lugar próspero, en paz, confiado, aunque no del todo consciente de sí mismo. Los trabajadores incondicionales de las industrias de Monterrey han encontrado su rincón en el mundo. A la sombra de HYLSA se fortalecen sus familias y a décadas de su origen, después de grandes cambios económicos y políticos en el país, el espíritu del proyecto social regiomontano se mantiene intacto.

Entré de nuevo a la iglesia y ahí seguían los jóvenes cantando. Por aquí no ha pasado la historia, pensé. Aquí no existió 1968 ni los conflictos laborales y sociales que sacudieron Monterrey en los años setenta. Éste es un suburbio como los de Estados Unidos, pero que no tuvo un Vietnam. Los jóvenes que cantan y vuelan como las águilas no se inclinan por la rebeldía, quizás porque rebelarse no tendría ningún sentido. Las cosas están bien como están.



Interior de la iglesia de San José Obrero.
Javier Orozco





Proyecto arquitectónico para la casa de don Salvador Madero frente a la Alameda realizado por Alfred Giles. Colección: Conchalupe Madero.

LA ESFERA PÚBLICA REGIOMONTANA

*Y así se están acabando
Todos los más decididos,
Por eso se les recuerda
Cantándoles sus corridos:
Murieron porque eran hombres
No porque fueran bandidos.*

—Los Cadetes de Linares, “Pistoleros famosos”

Una mañana en 1973 un carro le cerró el paso al de don Eugenio Garza Sada, quien a sus 81 años se dirigía, como todos los días, a su oficina en la Cervecería Cuauhtémoc. Se dice —aunque se cuentan también otras cosas— que buscaban secuestrarlo para obtener fondos para guerrillas y canjearlo por ciertos presos en el penal del Topo Chico. El ingeniero Garza Sada, sin embargo, resistió, y antes de que pudiera usar la pistola que llevaba en la bolsa de su saco, resultó muerto por heridas de bala; su cuerpo fue recogido de la banqueta por una ambulancia minutos después. Habían muerto también sus dos acompañantes.

El día de su muerte, don Eugenio fue velado en su casa y después en la Sala Mayor de la Rectoría del Tec de Monterrey, institución que celebraba su treinta aniversario por aquellas fechas. Posteriormente fue conducido por la avenida que pronto llevaría su nombre hasta la iglesia de la Purísima, en donde se celebró una misa solemne. Finalmente fue enterrado en el panteón de El Carmen. Al día siguiente la ciudad entera guardó luto: no operaron las fábricas y cerraron los bancos y comercios.

Se dice que cerca de 200 mil personas estuvieron presentes en el entierro; se trata de uno de los acontecimientos públicos más memorables de la historia de la ciudad. Trabajadores de las compañías



Entrada al Panteón de El Carmen.
Javier Orozco

del Grupo Monterrey, estudiantes y egresados del Tec, empresarios y otros habitantes de la ciudad expresaron con su presencia su identificación con el Monterrey que representaba Garza Sada y su rechazo a la cultura de odio que se gestaba desde Los Pinos.

Su presencia era también un desafío al terror que se respiraba en el ambiente, por la abierta oposición entre el Estado y la clase empresarial, y por la proliferación de grupos guerrilleros y terroristas. En representación de los regiomontanos, el empresario Ricardo Margain Zozaya se expresó elocuente e inusitadamente contra el entonces presidente de la república, Luis Echeverría quien asistió al entierro. Su reclamo fue por la libertad de Monterrey de continuar realizando su destino sin ser molestada, y por el respeto a su identidad, forjada en el trabajo.

Eugenio Garza Sada fue quizás el último de los patricios de Monterrey: como sus predecesores, era emprendedor y decidido, y generoso a cambio de incondicionalidad. Aprovechando el impulso que Vidaurri le había dado a la región a mediados del siglo XIX, la generación de don Isaac Garza, padre



de don Eugenio, había puesto en marcha el desarrollo económico de Monterrey. En la etapa final de sus vidas, hacia 1900, los miembros de esa generación construyeron el panteón de El Carmen como símbolo de la proyectada permanencia de la clase industrial que habían formado.

En ese espacio se reunieron los miles de regiomontanos que fueron a despedir a Garza Sada. Se encontraban en un verdadero panteón de los hombres ilustres de la ciudad, rodeados por los mausoleos de mármol y cantera de las familias Rivero, Calderón, Muguerra, Sada, González Treviño, entre muchas otras, los cuales forman un curioso muestrario de estilos que va de lo clásico a lo orientalista. Cuando se construyeron quizás buscaban demostrar que Monterrey era una ciudad cosmopolita.

Alfred Giles fue el arquitecto que diseñó la traza del cementerio, así como el arco que marca su entrada, su capilla y varios de los mausoleos. El resto de su obra en la ciudad sugiere también que, a principios del siglo XX, Monterrey era y deseaba presentarse como una ciudad moderna que había dejado de ser un pueblo más en la frontera norte de México.

La frontera es un espacio peligroso, expuesto a la violencia. Al interior de la ciudad, la calle es su equivalente: es el lugar en el que desaparece la seguridad de la esfera doméstica y puede suceder lo inesperado: peleas, asesinatos, revueltas públicas, toda suerte de transgresiones. A lo largo de diez años de trabajo en Monterrey, Giles dio expresión material a los logros y aspiraciones de Isaac Garza y sus contemporáneos. El arquitecto diseñó una serie de edificios y monumentos que contribuyeron a ordenar el espacio público de la ciudad al definir sitios en los que se manifiestan significados comunes y se busca el ideal de una ciudad civilizada, convertida toda en un espacio para la convivencia de un grupo de personas con principios compartidos.

A diferencia de otras ciudades en la Nueva España, Monterrey no se encontraba cerca de minas u otros recursos naturales, por lo que el interés de los colonizadores españoles en la región era exclusivamente territorial. La población de Monterrey era magra e inestable y su distancia de la Ciudad de México impidió que se formaran redes más sólidas de comunicación y colonización.

Panteón de El Carmen.
Javier Orozco

Capilla del panteón
de El Carmen.
Javier Orozco



Postal del patio del Obispado.
M.M. López
Colección: Carlos Jiménez.

Postal del Palacio Municipal
de Monterrey,
Eugenio Espino Barros
Colección: Carlos Jiménez.



El aislamiento geográfico de Monterrey significó que su población sufriría penurias en el contexto de una gran independencia. Las personas asentadas en la frontera estaban exentas de pagar impuestos, pues tenían que defender el territorio y “guerrear con los indios”. Así, los grandes eventos históricos de la época colonial, e incluso la lucha de Independencia, pasaron prácticamente inadvertidos en la ciudad, que continuó siendo una localidad periférica hasta bien entrado el siglo XIX.

Esta situación se refleja en la austeridad y el poco volumen de la arquitectura colonial en Monterrey. De los edificios construidos antes de 1821, sólo sobrevive el Palacio del Obispado, que data de 1787. Otros como la Catedral, la Casa del Gobernador –hoy la Casa del Campesino– y el Palacio Municipal –hoy Museo Metropolitano– fueron edificados en parte en la época colonial, pero queda poco de lo que fueron en aquel entonces.

Al alcanzar la Independencia, México adoptó un sistema económico bastante rudimentario que hacía del comercio –la actividad principal de los habitantes de Monterrey– algo prohibitivo,

por los altos montos que se cobraban como impuestos. Adicionalmente, con la expansión de los Estados Unidos, algunos de los grupos indígenas del medio oeste, como los apaches y los comanches comenzaron a migrar hacia el sur y muchos de ellos entraron al norte de México. Estos grupos se enfrentaron a menudo con los pobladores de la región, con lo que se exacerbó el ambiente de inseguridad. Ya que el gobierno mexicano no estaba preparado para hacer frente a esta situación, los habitantes del noreste de México se descubrieron solos ante el peligro, lo cual los orilló a que se volvieran cada vez más individualistas, pragmáticos y regionalistas. En términos políticos, esto se tradujo en un agresivo federalismo.

El personaje más representativo del siglo XIX regiomontano fue Santiago Vidaurri, un tenaz federalista. La historia lo recuerda como traidor, pues fue enemigo de Juárez y colaboró con Maximiliano. Pero Vidaurri es un traidor sólo en la historia oficial de México, construida en torno a categorías obsoletas como héroe y traidor.¹ Desde la perspectiva de Monterrey, se le debe considerar como el hombre pragmático que, yendo más allá de las ideologías dominantes de la política

del país en aquella época, respondió eficazmente a los problemas que enfrentaban los habitantes de la ciudad hacia 1850, al dar estabilidad a la región de manera definitiva. Además Vidaurri impulsó la ciudad como centro político del norte de México y sentó las bases para su desarrollo económico.

Según una leyenda, Vidaurri era el hijo de un jefe indio de los alrededores del Río Bravo. El primer documento que habla sobre él registra que fue apresado por cortarle la mano a un soldado en una pelea. Poco después, sin embargo, fue liberado y comenzó a trabajar para el gobierno. Durante los años siguientes sirvió a gobernadores tanto liberales como conservadores, hazaña poco común en aquella época de polarización ideológica.

Al iniciar la rebelión que depuso a Antonio López de Santa Anna, Vidaurri era secretario de gobierno de Nuevo León. En 1855, mientras en la Ciudad de México se libraban toda suerte de luchas por el poder, el caudillo salió de Monterrey sin ser advertido y regresó para tomar la ciudad, donde se declaró gobernador con el apoyo de un grupo de militares a cuya memoria se han dedicado calles y espacios públicos en Monterrey, aun-

¹ Una visión que vaya más allá de estas categorías no puede reprocharle a Vidaurri que fuera enemigo de Juárez, quien no es la medida infalible de la virtud más que dentro de una visión del pasado orientada a la construcción de una nación, que no se interesa por aproximarse a las contradicciones y complejidades de la historia ni por entender los matices que adquieren ciertos eventos nacionales en ámbitos locales. En esta misma línea, tampoco tiene sentido censurar la memoria de Vidaurri por su colaboración con el Imperio; se deben más bien entender las circunstancias que lo orillaron a hacerlo.



Santiago Vidaurri.
Colección: Library of
Congress Prints and
Photographs Division,
Washington, D.C.

² Existe un aspecto de la trayectoria de Vidaurri que tal vez sí merece un juicio más severo —la “pacificación” del noreste de México que promovió consistió en el genocidio de decenas de grupos indígenas. Miles de personas fueron asesinadas y su cultura desapareció por completo. Los juicios que podemos emitir en la actualidad sobre estas acciones, sin embargo, son juicios sobre una época y no sobre individuos, ya que para personas de todo tipo de inclinación ideológica estas acciones eran justificadas e incluso necesarias.

que por otras glorias: Mariano Escobedo, Ignacio Zaragoza, Juan Zuazua y José Silvestre Arramberri.

Poco después de asumir el poder, Vidaurri formó una milicia de ciudadanos que se convertiría en un enorme ejército, el cual logró “pacificar” la región y poner fin a un largo periodo de inestabilidad.² De este modo, el gobernador aseguró el apoyo de la población y el control sobre el territorio —que incluía para entonces el Estado de Coahuila, el cual había anexado unilateralmente al convertirse en gobernador.

El liderazgo político de Vidaurri, centrado en Monterrey, se vio reflejado en diversas mejoras a la ciudad que buscaban convertirla en un lugar digno de dirigir al noreste de México. Durante su gobierno se fundó el Colegio Civil y se inauguraron las primeras fábricas de la región. Adicionalmente, en 1861 Vidaurri ordenó la creación de la Alameda en la zona norte de la ciudad. No sin implicaciones simbólicas, su diseño fue concebido con base en el de la Alameda de la Ciudad de México.

También por órdenes de Vidaurri se modernizó la vieja plaza de la Purísima —antes una explanada de tierra— y se construyó el primer Mercado Colón, en la manzana donde hoy se encuentra el

Condominio Monterrey. En 1857 el gobernador inauguró el Teatro Progreso, que fue el principal espacio para el entretenimiento y socialización de los regiomontanos hasta 1896, cuando fue consumido por un incendio.

Mediante las obras que promovió, Vidaurri prestó atención, ante todo, al esparcimiento de la naciente sociedad regiomontana. Los habitantes de la ciudad habían dejado de ser personas obligadas a trabajar sin descanso y estar siempre preparadas para enfrentar los peligros de un ambiente adverso. Por primera vez en su historia Monterrey gozaba de abundancia y su población podía comenzar a constituirse como una sociedad civil.

Unos años antes de que Vidaurri tomara el poder, en 1848, la ciudad había cambiado abruptamente con la independencia de Texas y su anexión a los Estados Unidos. El nuevo límite territorial a sólo 200 kilómetros al norte convirtió Monterrey en una ciudad fronteriza, lo cual trajo una nueva situación comercial. Dado que los impuestos al comercio continuaban siendo altos, pronto floreció el contrabando, el cual era visto como una activi-



dad de hombres no sólo valientes, sino también justos, por oponerse a un gobierno que esperaba lealtad a cambio de poco más que nada.

La independencia de Texas también significó la división de una región que durante décadas había vivido en circunstancias similares y desarrollado una identidad cultural común. La comunicación de Monterrey con ciudades como San Antonio y Laredo siempre fue más fluida que con la Ciudad de México.³ Esta cercanía se tradujo en una fructífera relación entre el noreste de México y los estados del sur —los Confederados— durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. Mientras que el gobierno central mexicano apoyó siempre a la Unión, los comerciantes de Monterrey y otras ciudades en la región, secundados por las autoridades locales, proveyeron a los Confederados de materias primas y facilitaron la comercialización del algodón, su principal producto.

A mediados del siglo XIX, las crecientes industrias textiles en Europa requerían enormes cantidades de algodón. Los Estados de la Unión, sin embargo, habían logrado bloquear los puertos desde los que se enviaba este producto al viejo continente. Ante esta situación, los comercian-

tes de los Estados Confederados lo llevaban a Brownsville, Texas, y lo cruzaban al recién establecido puerto mexicano de Matamoros, de donde salían cientos de embarcaciones hacia Europa. Eventualmente, la Unión logró cerrar este cruce fronterizo; fue entonces cuando se formó la ruta comercial que cambiaría la suerte de Monterrey: el algodón entraba a México por Laredo y Piedras Negras, era transportado a Monterrey y de ahí hacia Matamoros.

En este contexto, los comerciantes de Monterrey amasaron enormes fortunas. Lorenzo González Treviño, Valentín Rivero, Gregorio Zambrano, Evaristo Madero y Patricio Milmo —yerno de Vidaurri— entre otros, fueron, antes que industriales y banqueros, comerciantes de algodón. El gobierno de Nuevo León, por su parte, obtuvo recursos de las aduanas que había establecido, las cuales estaban más allá del control del gobierno central, para financiar su ejército y promover grandes obras públicas.

Al terminar la guerra civil en los Estados Unidos terminó una de las etapas de mayor auge del comercio regiomontano. Había ya para entonces, sin embargo, personas con el capital económico para invertir en empresas industriales. Estas

Antiguo Mercado Colón, ca. 1940.

Elton W. Kruger

Colección: Elton W. Kruger.

Mercado Colón, ca. 1930.

Carlos Pérez-Maldonado

D.R. ©

Fototeca de Nuevo León,
fondo Pérez-Maldonado.

³ Quizás por esta cercanía, y por el más asentado sistema federalista que había en el norte, en una ocasión Vidaurri propuso a Jefferson Davis, presidente de los Estados Confederados, la anexión de Nuevo León y Coahuila a su territorio (ver, R. Curtis Tyler, "Santiago Vidaurri and the Confederacy", en *The Americas*, vol. 26, Núm. 1, 1969, pp. 66-76). Davis no aceptó, tal vez porque no podía concentrarse en el esfuerzo político que implicaría la integración de un nuevo estado en el contexto de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.



El presidente, general Porfirio Díaz durante las festividades del centenario de la Independencia de México, 1910.

Aurelio Escobar Castellanos
Capilla Alfonsina, UANL.



El gobernador, general Bernardo Reyes.
Tomada del libro *La visita del Señor presidente de la República, General Porfirio Díaz, a la ciudad de Monterrey, en diciembre de 1898.*

personas y sus familias se constituyeron como la clase alta de la ciudad, la cual, en buena medida, sobrevive hasta hoy, integrada por las mismas familias.³

Si bien la supervivencia de la clase alta de la ciudad por más de un siglo y medio no es sobresaliente en el contexto mexicano, sí lo son sus orígenes. La sociedad regiomontana no está formada por familias criollas terratenientes, sino por contrabandistas y pequeños comerciantes convertidos en capitanes de industria. Las trayectorias de los pioneros regiomontanos son más cercanas a las de quienes participan del *American Dream* que a las de la aristocracia latinoamericana.

El panorama político de Nuevo León cambió tras la intervención francesa –Vidaurri fue ministro de la corte de Maximiliano de Habsburgo y fue fusilado con el cargo de traición por órdenes del entonces general juarista Porfirio Díaz– pero esto no detuvo el desarrollo de Monterrey. Por el contrario, la paz porfiriana fue una continuación de la que se vivía en el Estado desde la década de 1850; los conflictos militares y políticos que antecedieron a

su instauración no cambiaron el rumbo que había tomado la ciudad.

En 1885, en un acto que buscaba garantizar la lealtad de Nuevo León, Díaz, ya convertido en presidente todopoderoso, nombró a su incondicional, el general Bernardo Reyes, gobernador del Estado. Durante el gobierno de Reyes comenzaron a operar la Cervecería, la Fundidora Monterrey y otras de las industrias más características de la ciudad. Reyes, como Vidaurri, impulsó el crecimiento económico de Monterrey. A diferencia de su predecesor, sin embargo, lo hizo en el marco de una política nacional, cimentada en un gobierno central monolítico.

La autoridad del gobierno de Reyes, comprometida con la magnanimidad del estado porfirista, se ve reflejada en las obras públicas que promovió. Mientras que los hombres de negocios erigían fábricas cada vez más imponentes y mansiones para sus familias, Reyes comisionó al ingeniero Francisco Beltrán para que diseñara y construyera un enorme Palacio de gobierno y una penitenciaría. La penitenciaría se ubicó, hasta su demolición a mediados del siglo XX, sobre la Alameda de Vidaurri.

³ Estos temas se discuten con mayor detalle en los libros de Mario Cerutti, *Burguesía y capitalismo en Monterrey, 1850-1910*, Monterrey, Fondo Editorial de Nuevo León, 2006; Juan Mora Torres, *The Making of the Mexican Border: The State, Capitalism, and Society in Nuevo León, 1848-1910*, Austin, University of Texas Press, 2001 e Isidro Vizcaya, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, Monterrey, Fondo Editorial de Nuevo León, 2006.



En el comedor de casa de mis abuelos hay una pintura de una casa con una escalera que conduce a un amplio pórtico de columnas corintias. Al centro de este pórtico hay tres arcos que se abren a un patio interior, en el que se alcanza a ver una fuente. Sobre la casa se eleva un domo y sobre sus cornisas hay varias esculturas de ángeles y querubines; dos de ellos montan felinos y el más grande, al centro y con las alas extendidas, está flanqueado por dos musas. Al pie de la casa hay dos fuentes y alrededor de ella muchas personas, dibujadas pequeñas para enfatizar la monumentalidad de la casa. Llevan sombreros de copa y bastones, y algunas montan a caballo. La imagen parece un pabellón en un jardín del romanticismo inglés, pero se trata de la perspectiva de una casa proyectada para un terreno frente a la Alameda de Monterrey.

Mi abuela la encontró “arrumbada en un closet” en casa de sus padres. Según le contó su madre, la había hecho un arquitecto de San Antonio como propuesta de una casa para la familia. No la habían construido porque a ella le parecía demasiado ostentosa, además de que el inicio de la Revolución en 1910 detuvo la construcción en la ciudad por más de diez años.



El hecho que la casa fue concebida para el Monterrey de los primeros años del siglo XX la llena de significado. Es una casa abierta. Su patio interior es una extensión de la Alameda; puede ser visto desde afuera y no hay obstáculos que impidan el paso. Las seis puertas en su fachada, probablemente de la sala, se podrían abrir de par en par hacia el jardín público. Cada una de las columnas interiores del pórtico tiene tres grandes focos; de noche iluminarían este espacio como si se tratara de un aparador.

La casa sugiere que en el Monterrey de aquella época se respiraba un ambiente de seguridad en el que no había nada que ocultar; su ligereza contrasta con las casas de fachadas ciegas que habían caracterizado a la ciudad hasta entonces. Más que casas eran fortalezas cuyos anchos muros de sillar eran la inconfundible frontera entre lo público y lo privado.

La perspectiva indica también que las grandes familias de Monterrey buscaban asentar el nuevo orden social y económico construyendo casas para sus familias que fueran también puntos de referencia en el paisaje de la ciudad. Monterrey estaba en paz y avanzaba confiada, y sus habi-

Tienda departamental
La Reinera, en la calle
Morelos.
D.R. ©
Capilla Alfonsina,
Universidad Autónoma de
Nuevo León.

Casa de don Valentín Rivero
en la calle Hidalgo.
D.R. ©
Fototeca del Tecnológico de
Monterrey.



Arco de la independencia
construido durante el
gobierno de Bernardo
Reyes por Alfred Giles
en conmemoración
del centenario de la
Independencia.

D.R. ©
Fototeca del Tecnológico de
Monterrey.

Banco Mercantil, 1945.
Eugenio Espino Barros

D.R. ©
Fototeca de Nuevo León,
fondo Espino Barros.



Hospital Mugerza, 1946.
POSTA MEX
Colección: Carlos Jiménez.

tantes deseaban presentarse no como los fieros rivales de los comanches ni como contrabandistas ni como capitalistas aventureros, sino como *gentlemen*, hombres de mundo, urbanos, universales, justificados en su nueva posición por la arquitectura.

Más tarde, al ver otras perspectivas dibujadas en su despacho, supe que el arquitecto de San Antonio que había proyectado la casa para mi bisabuelo era Alfred Giles, un inglés que llegó a Texas en busca de un clima benigno para su frágil salud. Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, Giles realizó decenas de edificios en el sur de los Estados Unidos. Hacia 1900 estableció una segunda oficina en Monterrey y comenzó a diseñar edificios para diversas ciudades en el norte de México. Aunque Monterrey era ya el corazón económico, político y social de la región, entre sus habitantes no había arquitectos, por lo que Giles encontró un terreno fértil.

Además del panteón de El Carmen, Giles diseñó el Dios Bola, el Banco Mercantil, la Reinera, el puente de San Luisito y el Arco de la Independencia, entre muchos otros edificios y monumentos. Sus clientes eran personas notables de la ciudad:



diseñó casas para Valentín Rivero, Evaristo Madero, Patricio Milmo, Benjamín Salinas, e incluso para el general Reyes.

El Banco Mercantil y la Reinera sobreviven casi intactos (aunque sus interiores han sido remodelados total y desafortunadamente). Ambos son estructuras de columnas clásicas de acero y fachadas de cantera estrictamente académicas. La Reinera era una pequeña tienda departamental, y como tal, un emblema del despertar de una nueva sociedad de consumidores. Por su parte, el Banco Mercantil, con la solidez de su composición, habla del papel de la banca en la ciudad. Junto con otros como el Banco de Nuevo León y el Banco Milmo – se cree que Giles intervino también los edificios de estas dos instituciones– el Banco Mercantil hizo de Monterrey un importante centro financiero.

El puente de San Luisito, inaugurado en 1908, unía dos partes de la ciudad a menudo incomunicadas por las crecientes del río Santa Catarina. Era una estructura de acero techada, con comercios a los lados; un puente convertido en arcada comercial. El vincular de manera definitiva el barrio popular de San Luisito –habitado principalmente por obreros originarios de otras partes del país– y el

aristocrático centro de la ciudad era un acto congruente con la voluntad de apertura e integración de la sociedad regiomontana; el hacer del vínculo un espacio comercial sugiere que los habitantes de Monterrey eran no sólo cosmopolitas, sino también pragmáticos.

Si bien la mayoría de las obras de Giles en Monterrey fue para clientes privados, diseñó también algunas para el gobierno del estado. Como el Palacio de gobierno y la penitenciaría, el Arco de la Independencia es un monumento que refleja las transformaciones que Díaz, mediante Reyes, deseaba producir en la región.

Con la intención de dotar a la ciudad de grandes bulevares que reflejaran su nuevo carácter metropolitano, en 1892 el gobernador había trazado las calzadas Unión y Progreso (hoy Madero y Pino Suárez). En 1910, en la intersección de estas avenidas se inauguró el Arco de la Independencia, una suerte de “primera piedra” de lo que debería de ser el nuevo foco de desarrollo de Monterrey, para entonces una zona mayormente deshabitada entre el centro de la ciudad y sus grandes fábricas.

Calzada J.M. Pino Suárez,
Monterrey, Nuevo León.
M.M. López
Colección: Carlos Jiménez.



El Casino Monterrey antes del incendio de 1914.

D.R. ©

Fototeca del Tecnológico de Monterrey.

El nuevo casino.

D.R. ©

Fototeca del Tecnológico de Monterrey.



El Arco es contemporáneo del Ángel de la Independencia de la Ciudad de México y comunica un mensaje similar al de ese monumento: el gobierno de Porfirio Díaz, con sus esfuerzos modernizadores y su proyecto de integración nacional era el resultado natural de los movimientos independentistas de un siglo atrás. Para los líderes políticos de entonces, las circunstancias particulares de la historia de Monterrey y la diversidad ideológica, religiosa y cultural de la ciudad no merecían una perspectiva histórica más compleja. Monterrey compartía un destino con el centro del país y debía unir fuerzas con éste para extender el espíritu del progreso a todo el territorio nacional. Los habitantes de la ciudad no expresaron opiniones distintas en ese contexto, quizás animados por su conocido pragmatismo, pero la ciudad no había abandonado su pretensión de singularidad.

Reyes fue gobernador de Nuevo León por veinte años. Llegó como un extraño a la sociedad regiomontana, pero pronto se convirtió en uno de sus miembros más distinguidos. De 1888 a 1909 fue presidente del Casino de Monterrey. En esa posi-

ción, impulsó la construcción de un edificio para esta institución, frente a la plaza Zaragoza, a un costado de la Catedral. La nueva sede del Casino pronto se convirtió en el escenario de los más memorables episodios en la vida de la sociedad regiomontana, como un aparatoso banquete en honor a Porfirio Díaz durante su única visita a la ciudad como jefe de Estado, en 1898.

El poder de Reyes, sin embargo, no gozaba de aprobación absoluta. Muchos regiomontanos resentían, por ejemplo, las restricciones a la libertad de expresión. Antes de que el general ocupara el gobierno, se publicaban en Monterrey decenas de periódicos, en un ambiente de pluralidad ideológica; para 1900, la prensa independiente había desaparecido. Además, los movimientos de oposición política que emergieron en aquella época fueron reprimidos, en ocasiones brutalmente. En 1903, por ejemplo, durante una protesta en la plaza Zaragoza, un grupo de francotiradores abrió fuego contra los manifestantes desde la azotea del Palacio Municipal, hiriendo de muerte a muchos de ellos.

Reyes dejó el gobierno de Nuevo León en 1909. Dos años después se levantó en armas inútilmente contra Madero y murió en una batalla, cuando

trataba de tomar el Palacio Nacional en la Ciudad de México. Estos eventos fueron seguidos por una serie de rebeliones, con sus respectivas batallas y batallitas, que se tradujeron en cambios de gobierno constantes, tanto a nivel nacional como estatal. En 1914, el año en que el general Antonio I. Villarreal, uno de los tantos que ocuparon el gobierno de Nuevo León, mandó demoler el convento de San Francisco para desligar a la ciudad de un pasado que consideraba reprobable, desapareció también el Casino, víctima de un incendio.

Sin embargo, en 1922, al terminar la Revolución, se construyó un nuevo edificio para ese club social, en el mismo sitio que el anterior; la clase dominante regiomontana emergió prácticamente ileso de un movimiento que había tenido entre sus objetivos transformar las estructuras sociales del país. Alfred Giles había muerto en 1920, pero el nuevo Casino se construyó siguiendo el diseño que había concebido un año atrás, bajo la dirección de uno de los dibujantes de su despacho, Herbert S. Green. El trabajo de Giles también encontró continuidad en otras obras que realizó Green en la ciudad ya por su cuenta: el Hospital Mugerza y el Hotel Colonial.



Baile en el Casino en honor a Porfirio Díaz.
Colección: Conchalupe Madero.



Calle Escobedo,
Monterrey, Nuevo León.
Colección: Carlos Jiménez.

Calle Morelos,
Monterrey, Nuevo León.
Colección: Carlos Jiménez.



Por su parte, la creencia de que Monterrey respondía a un llamado único, distinto al del resto del país, sobrevivió tanto al proyecto nacionalista de Díaz como a la Revolución que lo derrocó.

A lo largo del siglo XX tuvieron lugar diversas manifestaciones en las que se hizo patente la soberbia y singularidad de Monterrey. Una de las más notables ocurrió en 1962, cuando se reunieron cerca de 100 mil personas en las calles para protestar contra los libros de texto gratuito que distribuiría por primera vez la Secretaría de Educación Pública a todas las primarias del país. El gobierno había encontrado un poderoso instrumento para, entre otras cosas, legitimar su autoridad mediante la difusión de la versión oficial de la historia de México, y Monterrey reaccionaba indignada e incomprendida.

Sin embargo, el espíritu de Monterrey ya no era un espíritu abierto y cosmopolita. Durante veinte años de gobierno, Bernardo Reyes no logró integrar la ciudad a la conciencia nacional, pero sí introdujo una manera de mantener el orden público a la que recurrieron los líderes políticos, sociales y empresariales de la ciudad a lo largo del siglo XX.



Quizás buscando garantizar su supervivencia, e intentando que sus espacios públicos continuaran siendo espacios comunes, en las décadas que siguieron a la Revolución de 1910, Monterrey se fue encerrando poco a poco en sí misma. Hacia mediados del siglo XX la ciudad preservaba su jactancia, pero ya no era, como cincuenta años antes, un espacio diverso, rico en ideas, abocado, como adolescente, a todo lo interesante. Aquello ajeno a la ciudad, aquello que pudiera poner en duda la prominencia de su elevada actividad económica, era casi una herejía.

La intolerancia de la disidencia condujo a una menguada producción intelectual y cultural. El arte, la literatura y la arquitectura dejaron de ser cercanas a la sensibilidad de la ciudad, por lo que las expresiones destacadas en estos medios se convirtieron en fenómenos aislados y a menudo ignorados. Edificios como las oficinas y la planta termoeléctrica de Fundidora, del arquitecto Rodolfo Barragán Schwartz, y el Gimnasio del Tec del arquitecto Ricardo Guajardo, que pudieron haber sido hitos urbanos y la base de una sólida tradición arquitectónica local —Barragán fue egresado de una de las primeras generaciones de arquitectos

formadas en el Tec y Guajardo el más prominente entre los maestros de arquitectura arraigados en la ciudad— pasaron prácticamente inadvertidos.

Por su parte, desde los años cincuenta, el proyecto de Enrique de la Mora para el campus del Tec comenzó a sufrir modificaciones a manos del ingeniero Ravizé, la mayoría de ellas evidentemente ignorantes de la trascendencia arquitectónica del conjunto.

En la misma época, el Casino de Giles fue objeto de una serie de “mejoras” que acabaron por convertirlo en poco más que una caja de zapatos; se cerraron sus ventanas y el balcón de su fachada principal, y se reemplazó la marquesina de cristal de la entrada por un techo sólido, entre otros cambios no menos desafortunados.⁴

Lejos de cimentar su prosperidad en su patrimonio histórico, la ciudad desconoció el mundo más allá de la industria y los negocios; centró su atención en el perfeccionamiento de sistemas para garantizar el progreso económico —un progreso desnudo, sin mucha complejidad— en un marco de orden social.

Las empresas del conglomerado industrial que se desarrolló en torno a la Cervecería, entre

La planta termoeléctrica de la Fundidora, abandonada.
Pablo Landa

Oficinas de la Fundidora, hoy ocupadas por el gobierno del estado.
Colección: Rodolfo Barragán Delgado.

⁴ Estas modificaciones fueron revertidas, en buena medida, en una nueva remodelación en los años ochenta.

otras en la ciudad, estuvieron libres de huelgas por décadas, en buena medida porque sus trabajadores contaban con buenos sueldos y todas las prestaciones que pudieran desear. Además, eran escrupulosas al contratar nuevos empleados. Por ejemplo, los hijos o hermanos de los trabajadores de la Fundidora Monterrey, los cuales estaban organizados en un sindicato autónomo, eran rechazados por sus nexos con “elementos comunistas”.

El Tec, concebido como un espacio para la formación de ingenieros, administradores y técnicos eficientes y disciplinados, estaba comprometido también con la preservación del orden público del que había emergido. En su proceso de admisiones se consideraban los “antecedentes morales” de los solicitantes. Otras medidas que se implementaron incluían el que las publicaciones estudiantiles fueran vigiladas constantemente y que cada mes se enviaran las calificaciones de los alumnos a sus padres.⁵

En los últimos años de la década de los sesenta, sintonizados con los movimientos juveniles que habían emergido en todo el mundo, quizás imaginando que Monterrey era parte de “todo el mundo”, algunos estudiantes se manifestaron en

distintos contextos contra el Tec y sus directivos. Éstos, respondieron suprimiendo una de sus publicaciones, expulsando a algunos estudiantes y profesores considerados agitadores, y desterrando a los jesuitas de la ciudad; esta orden religiosa había sido cercana a las autoridades de la universidad desde su fundación, pero sus sacerdotes simpatizaban también con que los estudiantes se expresaran con mayor libertad.

Como reacción a la expulsión de estudiantes y profesores, otros se sumaron a las protestas y unos cien se plantaron en el pórtico de la biblioteca-rectoría del campus e iniciaron una huelga de hambre.

Al terminar el semestre, sin embargo, los manifestantes se dispersaron. Al parecer prefirieron no violentar el contrato al que habían ingresado al convertirse en estudiantes del Tec: al graduarse disfrutarían de los beneficios de la prosperidad económica y la paz social a cambio de confiar religiosamente en sus superiores.

Para hacer de este contrato una realidad en el Tec y en las empresas del Grupo Monterrey –cuyo alcance era prácticamente toda la ciudad– era necesario el liderazgo de un hombre fuerte, calcu-

⁵ Rodrigo Mendirichaga, *El Tecnológico de Monterrey: sucesos, anécdotas, personajes*, Monterrey, Ediciones Castillo, 1982, pp. 61, 92 y 119.

lador y con una mente clara: Monterrey contaba con don Eugenio Garza Sada. Si bien hubo muchos otros grandes líderes en la ciudad, ninguno ocupó el lugar de don Eugenio después de su asesinato. Quizás él mismo llegó a pensar que sería eterno, que los regiomontanos siempre contarían con su mesurada inteligencia para mantener el balance entre la estabilidad y el progreso; por ello murió sin haber nombrado un sucesor y, en cierta medida, sin haber enseñado a la ciudad a valerse por sí misma.

Con el asesinato de don Eugenio Garza Sada en 1973 la esfera pública regiomontana fue vulnerada. En años posteriores, la ciudad comenzó a redescubrir su pasado y se fue reconstituyendo como un espacio singular, seguro de sí mismo, aunque ya sin la coherencia de una comunidad en la que los espacios públicos eran espacios compartidos; había terminado un sueño como el del Rey Rojo de *Alicia a través del espejo*, quien vive una realidad que, si despertara, se esfumaría como la llama de una vela.

Busto de Eugenio Garza Sada en la colonia Cuauhtémoc.
Javier Orozco





Entrada del
panteón de Dolores.
Javier Orozco

Estación del Golfo,
hoy Casa de la Cultura.
Javier Orozco



LAS FORMAS DE LA MEMORIA

Aunque la encuentres pobre, Ítaca no te ha engañado.

—Konstantinos Kavafis, *Ítaca*

En 1519, Hernán Cortés, alcalde de Santiago de Cuba, zarpó hacia México. Diego de Velázquez, gobernador de la isla, le había revocado el permiso para emprender la conquista del continente, pues temía que se insubordinara, pero Cortés salió de todos modos, iniciando así uno de los episodios cardinales de la historia de las Américas.

Sus barcos encallaron primero en la península de Yucatán y después en la costa del Golfo de México, donde fundó Veracruz y comenzó a formar alianzas con las naciones de la región y a conspirar contra el poderoso Imperio mexica. A cuatro meses de haber comenzado su expedición, Cortés supo por uno de sus soldados que un grupo de ellos pensaba desertar y regresar a Cuba. Según la leyenda, como respuesta a esta situación mandó quemar sus

barcos. De este modo expresó su inquebrantable decisión de colonizar México. En caso de que fallaran en sus empresas militares, Cortés y sus hombres no podrían dar marcha atrás; sus posibilidades se habían reducido a triunfar. El conquistador los había entregado a una tarea cuyos resultados eran, en el mejor de los casos, inciertos.

A mediados del siglo XX, Monterrey era la imagen de Cortés: abandonada al futuro, la ciudad fue quemando sus barcos, aquello que, en caso de que fracasaran sus proyectos, le permitiría regresar, si bien no en el espacio, en el tiempo, para trazar un nuevo camino: toda evidencia del pasado estaba siendo arrasada por *bulldozers*.

Al iniciar la década de los cuarenta se destruyó la antigua iglesia de la Purísima para abrir



Interior de la antigua penitenciaría.
D.R. ©
Fototeca de Nuevo León,
fondo AGENL.

paso a la modernidad. Por aquel entonces se demolió también la penitenciaría del general Reyes y poco después el Mercado Colón de Vidaurri. En años posteriores, víctimas de ensanches de calles y proyectos incluso más prosaicos, desaparecieron todas las casas que diseñó Giles y decenas de edificios del casco antiguo de la ciudad—y de los cascos antiguos de los pueblos vecinos que fueron absorbidos por la ciudad.

En los años cincuenta se canalizó el río Santa Catarina, para evitar las desastrosas inundaciones que la ciudad había sufrido en varias ocasiones desde su fundación. Así nació el vacío que atraviesa Monterrey, flanqueado por veloces avenidas, que le da un aire de enormidad. Para realizar esa obra se destruyó el puente de San Luisito, que para entonces se usaba sólo como mercado. El hecho es simbólico, ya que Monterrey había comenzado a organizarse en una serie de áreas habitadas por sus distintas clases sociales, claramente delimitadas, sin puentes que celebraran su participación en una misma identidad.

En este contexto de destrucción, sin embargo, comenzaron a aparecer algunos espacios para la reflexión. El más emblemático de ellos es la anti-

gua Estación del Golfo, la cual estuvo abandonada por más de diez años, desde que dejó de funcionar en 1960, y estuvo a punto de ser demolida.

La estación, que data de la década de 1880, tiene techos de dos aguas y muros de piedra, como si se tratara de una construcción en los Alpes suizos. Lo inapropiado de su diseño para el clima y paisaje de Monterrey recuerda que en el fervor progresista de la industrialización se llegó a pensar, aunque tal vez no por primera vez, que todo era posible: que los trenes y el telégrafo eran la materialización del futuro, que las distancias habían desaparecido, que ya no había diferencias entre lo local y lo universal...

Con sus múltiples chimeneas y sus buhardillas, la estación parece la escenografía de una película o la ilustración de un cuento infantil: tiene un aire de artificialidad, de fantasía, de capricho; a finales del siglo XIX debe haber parecido un capricho razonable, pues la libertad estilística representaba las posibilidades insaciables del progreso.

Consciente del peso histórico de la estación, Manuel Rodríguez Vizcarra, profesor de arquitectura del Tec, logró convencer a las autoridades que



no la destruyeran. En 1975 fue reinaugurada, convertida en la Casa de la Cultura del estado. El rescate de la estación es uno de los primeros hechos contrarios a la lógica de Cortés que tuvieron lugar en la ciudad.

Como la Estación del Golfo, algunos objetos están cargados de memoria; el acordeón, el instrumento más característico de la música popular de la región, tiene alcances profundos en el pasado de Monterrey. Si bien la industria regiomontana parece alejada de expresiones culturales con tan poca legitimidad social como la música popular, ambos fenómenos forman parte de una misma historia.

Los primeros trabajadores especializados de muchas de las industrias de la ciudad fueron extranjeros, ya que en México no había personas con la preparación técnica necesaria. Así, la Cervecería y la Vidriera eran operadas por trabajadores alemanes, además de algunos americanos descendientes de alemanes asentados en Texas. La Fundidora, por su parte, contrató un buen número de trabajadores austriacos. De este modo, a principios del siglo XX había en la ciudad una comunidad de habla alemana bastante amplia —en



los panteones de la ciudad se preservan, grabados en piedra, los nombres de muchos de sus miembros— la cual popularizó el acordeón en la ciudad.¹

Con los años, las polkas influenciaron la música de los corridos, cuya historia tiene otras dimensiones en el tiempo y el espacio: su estructura lírica —el número de sílabas en sus líneas, la frecuencia de sus rimas— se deriva de la de los romances españoles, poemas que recitaban los bardos de pueblo en pueblo en la época medieval.

Por su parte, los temas de estas canciones, narraciones de las hazañas de hombres valientes y decididos, se remontan a la época poco después de la Independencia, cuando el contrabando se convirtió en una profesión honorable que condujo a la bonanza económica del noreste de México.

La polka, el corrido y otros géneros musicales que hacen uso del acordeón se desarrollaron por igual en Texas y el noreste de México. Esta región, que estuvo unida en su condición de frontera y como entidad política durante la Colonia, y en años posteriores por redes comerciales y migratorias, tiene en la música su más tangible vínculo cultural. El acordeón es un *aleph* en el que convergen las distintas vertientes de su pasado.

Imagen del puente San Luisito en la inundación de 1909.

Ortiz Fotógrafo

D.R. ©

Fototeca del Tecnológico de Monterrey.

Puente de San Luisito

José S. Ortiz

D.R. ©

Fototeca de Nuevo León, fondo Pérez-Maldonado.

¹ La evidencia más antigua de la presencia del acordeón en la ciudad data de la intervención americana, de 1847. Ver Luis Martín Garza Gutiérrez, *Raíces de la música regional de Nuevo León*, Monterrey, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2006, p. 40.



Exterior e interior de la iglesia del Sagrado Corazón.
Javier Orozco

Capilla del panteón de Dolores.
Javier Orozco

Monterrey es una ciudad de inmigrantes. Además de los alemanes y austriacos que popularizaron el acordeón en la ciudad, en el siglo XIX llegaron también aventureros italianos, franceses, españoles e irlandeses. Ya en el siglo XX se estableció en la ciudad un buen número de familias judías, palestinas y libanesas.

Los inmigrantes de otras partes del país, sin embargo, siempre fueron más numerosos. Los primeros fueron los tlaxcaltecas que vinieron junto con los colonizadores a poblar el Nuevo Reyno de León. A diferencia de lo que se piensa comúnmente —que los habitantes del noreste de México son “blancos”— buena parte descende de la población indígena, de habla náhuatl, que llegó junto con los primeros españoles.

Una de las estrategias de colonización de las que se valió Cortés fue establecer alianzas con los distintos pueblos oprimidos por los aztecas, los cuales participaron primero en las campañas miliares españolas y después en los procesos de población y “pacificación” del territorio de la Nueva España.

La primera comunidad tlaxcalteca en el estado fue San Juan de Tlaxcala, o Cadereyta, fundada en

1637. Otra más se concentró en el actual municipio de Guadalupe, conocido desde 1756, cuando dejó de ser una misión y se convirtió en pueblo, como Nueva Tlaxcala de Nuestra Señora de Guadalupe de Horcasitas. El mestizaje, si bien no es un concepto cercano a la imaginación regiomontana, fue una realidad en la región, como en el resto del país.

En el primer auge industrial de la ciudad llegaron también cientos de inmigrantes de otras partes de México. Conforme se desarrolló la industria de la construcción llegaron otros más, como los canteros de San Luis Potosí que erigieron el Palacio de gobierno del general Reyes.

Este edificio, un pretencioso bloque neoclásico de composición más bien torpe, comenzó a construirse en 1895 bajo la dirección del ingeniero Francisco Beltrán, y fue inaugurado casi quince años después, cuando Reyes ya dejaba el poder. Para entonces, los trabajadores que habían llegado para construirlo se habían arraigado en la ciudad.

Uno de ellos, Anastasio Puga, se convirtió en un prolífico arquitecto. Entre sus obras se encuentran la entrada y capilla del panteón de Dolores, y algunos de sus monumentos. Además, participó en el diseño y construcción de la iglesia de Gua-

dalupe, en el barrio de San Luisito, y la iglesia del Sagrado Corazón en el primer cuadro de la ciudad.

El panteón de Dolores es contiguo al panteón de El Carmen. Puga evidentemente basó su diseño en el de Giles: dispuso un eje principal en el cual se encuentra la entrada —una estructura independiente a la manera de los arcos triunfales romanos— y una pequeña capilla de una sola nave. Sin embargo, a diferencia del panteón de Giles, el cual es severo y fue trazado conforme a cánones académicos estrictos, el de Puga es bastante festivo e incluso grotesco en sus formas y colores, aunque no por eso es menos significativo: es evidencia de una cultura popular dinámica en un contexto que a menudo se pretende demasiado pragmático para ver más allá del afanoso trabajo diario.

A mediados del siglo XX comenzó un nuevo auge económico en la ciudad, el cual trajo consigo una nueva ola de inmigrantes de otras partes del país. Para la década de los setenta la ciudad estaba creciendo tan vertiginosamente que lo hacía también de manera bastante desordenada.

A los alrededores del barrio de San Luisito aparecieron asentamientos irregulares, los cuales

cubrieron la Loma Larga. Al norte de la ciudad se formaron también comunidades de invasores de predios. La más conocida de ellas es quizás Tierra y Libertad, ya que se desarrolló como parte de un movimiento con una base social amplia y bien organizada.

En 1973, un grupo de personas, la gran mayoría inmigrantes que habían llegado a Monterrey en busca de oportunidades pero se había quedado fuera del pacto entre los empresarios y sus trabajadores, sin viviendas y sin fuentes de ingresos estables, invadió unos terrenos, con el apoyo de jóvenes estudiantes socialistas. Desde un inicio dividieron la tierra en predios pequeños y asignaron uno a cada familia.

Como poseionarios, los habitantes de estos terrenos tuvieron que desarrollar estrategias para evitar ser evacuados y para que sus familias tuvieran acceso a servicios básicos. En este contexto construyeron una compleja estructura política, con jefes de manzana y delegados que se reunían de manera regular en asambleas, y dividieron las responsabilidades de vigilancia, para poder defender oportunamente su territorio, de ser necesario, a pedradas y palazos. Además, establecieron un sis-



Palacio de Gobierno,
Monterrey, Nuevo León.
Colección: Carlos Jiménez.

tema para apoyar a quienes tuvieran mayores necesidades o enfrentaran una emergencia.

En las jornadas de trabajo comunitario conocidas como Domingos Rojos, hacían actividades para recaudar fondos, como kermeses, y para construir edificios públicos, incluyendo una escuela, un centro de salud y una pequeña cárcel para borrachos, pependieros, golpeadores y adúlteros —a estos últimos los rapaban “para que les diera vergüenza”. La justicia de Tierra y Libertad determinó también que no se toleraría la venta de alcohol ni la prostitución.

Muchos de los habitantes de la colonia perdieron su trabajo porque sus patrones desaprobaban el movimiento. Esto acrecentó su solidaridad; eran un grupo marginado, pero capaz de hacer frente a sus problemas mediante el trabajo en conjunto. Esta solidaridad es quizás más significativa en el caso de las mujeres. Durante las invasiones y en los primeros años de Tierra y Libertad transformaron su posición social al convertirse en líderes comunitarios.²

Más de 15 mil personas llegaron a formar parte del movimiento. Conforme fue creciendo, se definieron también reglas para la integración de

nuevas familias, concebidas como pruebas de lealtad a ciertos principios y de su capacidad de lidiar con la adversidad. Se trataba de un movimiento bastante exitoso que contribuyó a convertir a Monterrey en una ciudad de opuestos. Mientras que la colonia Cuauhtémoc se desarrollaba como feudo del principal grupo empresarial de la ciudad, un grupo de inspiración marxista se fortalecía a sólo unos metros de distancia. En vez de casas estilo americano y jardines abiertos, en Tierra y Libertad había calles de tierra, techos de lámina y muros grises, y quizás eso contribuía a fortalecer las convicciones de sus habitantes.

En buena medida, el carisma de Tierra y Libertad se dispersó cuando se integró a un partido político, el Partido del Trabajo, auspiciado por el PRI. Además, la creación de Fomerrey por el gobierno del estado, una agencia para regularizar tierras invadidas y dotarlas de servicios básicos, así como para vender terrenos a precios accesibles, acabó con el sentido de urgencia que había impulsado al movimiento.

Monterrey sigue creciendo y sigue siendo una ciudad de contrastes, con fronteras geográficas

² Sandra Arenal, *Mujeres de Tierra y Libertad*. Monterrey: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 1999.



que marcan también fronteras sociales. En sus vidas diarias, los habitantes de la ciudad operan en contextos claramente delimitados. Quizás por ello Monterrey no ha cobrado conciencia de sus cada vez más diversas expresiones culturales.

Una de ellas es el vallenato, un género musical originario de la costa colombiana. Aunque recientemente ha adquirido popularidad más allá de sus contextos de producción, por la vía de colaboraciones entre grupos de vallenato y otros del *mainstream*, hace apenas unos años era un fenómeno desconocido.

La primera vez que oí esta música fue por accidente, mientras cambiaba de estación en el radio. Me encontré con Antología Vallenata en AM, que me sorprendió primero por las llamadas de su auditorio en las que mandaban saludos a sus amigos, identificados todos por su apodo y su colonia, y usaban expresiones que eran evidentemente exclusivas de un grupo bien definido. Me llamó la atención después el tipo de música, muy diferente de las cumbias y gruperas de FM: era una música sincera, sin ironías, tal vez un gusto adquirido —de nuevo evidencia de la cohesión social de quienes la escuchan. Las canciones eran abiertamente nos-

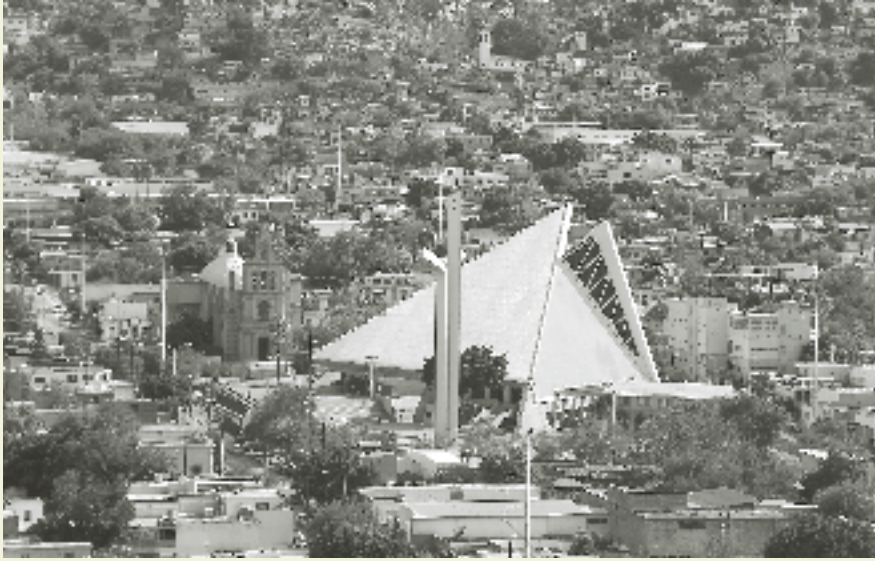
tálgicas, pero no por otros tiempos, sino como una actitud de vida, un sentimiento.

Lo que más me atrajo, sin embargo, fue el hecho que nunca había advertido la existencia de este género musical y la cultura que lo rodea, a pesar de que siempre había estado a mi alrededor. De un extremo a otro de la ciudad, del Cerro de la Campana, a Infonavit Valle Verde, a San Bernabé, y a la Granja Sanitaria, se forman y reproducen vínculos sociales, en el marco de una producción cultural dinámica —porque si bien se escucha música grabada en Colombia, hay también decenas de grupos de vallenato regiomontanos.

El vallenato surgió en Valledupar, un lugar radicalmente distinto de Monterrey: es un poblado pequeño, dedicado a la agricultura y la ganadería, con un clima tropical. Llegó a Monterrey en los años setenta junto con otros géneros de música caribeña, a través de redes migratorias y comerciales entre Colombia, Houston, Nueva York, la Ciudad de México y Monterrey, y se quedó porque, como la música popular del noreste de México, se toca con acordeón.

En las últimas décadas del siglo XX se formaron grupos de jóvenes que escuchaban y tocaban este tipo de música, buscando, a menudo, hacer-

Vistas de la Loma Larga y San Jerónimo.
Javier Orozco



Vista aérea de la Basílica de Guadalupe en la colonia Independencia.
Javier Orozco

lo de manera “auténtica”, como en Valledupar. Eran parte de comunidades marginadas, ajenas a los valores e ideologías del Monterrey de las grandes industrias. Eran además ajenos al Monterrey de los *cowboys* con botas y sombrero, pues estaban desligados del medio rural; eran más bien cercanos al *graffiti* y otras formas de la contracultura.

Si bien Colombia siempre fue el referente de la cultura vallenata en Monterrey, el contacto con este país fue poco durante las primeras décadas de su desarrollo, rara vez yendo más allá de la llegada de nuevos discos.

El Chino López Cabrera fue uno de los primeros en acercar Monterrey y Colombia. Según me platicó hace unos años en un café del Barrio Antiguo, él era electricista y escuchaba música vallenata a escondidas, por el estigma social que tiene: según el estereotipo, es la música de “los más fregados”, a menudo jóvenes que se drogan con resistol, desempleados y violentos. Pero era tal su afición por esta música que decidió vender su carro para ir a Valledupar, al Festival de la Leyenda Vallenata que se celebra todos los años.

En Valledupar se sintió como en casa, rodeado por los más conocidos músicos y promotores del vallenato. Durante el festival les mostró grabaciones de vallenatos de Monterrey y videos de regiomontanos bailando. Algunos de los pasos de baile en Monterrey eran, según le dijeron, populares en Colombia hace décadas, pero habían ya desaparecido. Uno de ellos, que se baila entre hombres, que dan “saltitos” cortos, quizás tenía su origen en los bailes de los esclavos, encerrados en grupos del mismo sexo y con los pies amarrados. ¿Sería posible que la historia de Colombia sobreviviera en las prácticas culturales de una ciudad en el lejano norte de México?

La identidad de Monterrey está formada por una serie de conexiones improbables. Según *El Chino*, algunos grupos de vallenato de Monterrey piden sus acordeones a Alemania y al recibirlos los envían a Colombia, donde los desarman y modifican para que su sonido sea “el correcto”. La música que producen estos acordeones se distribuye después en el noreste de México y el valle de Texas, y la consumen personas que se identifican con grupos que llevan nombres como las Inquietas Forasteras, las Droguilocas, los Mexican

Tristes, los Rappers, la Fuckmafia, los Dogos o los Huérfanos. Su cultura es a la vez marginal e internacional; carece de legitimidad ante la sociedad y las versiones oficiales de la identidad de la ciudad, pero no por ello dejan de tramarse sus complejas redes de significados.

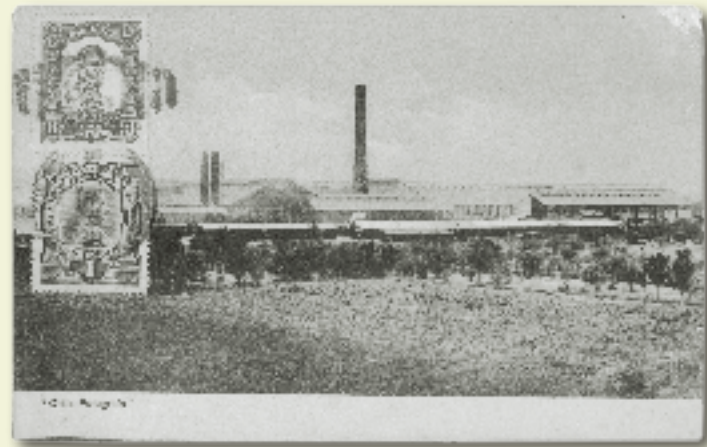
Una mañana en Nueva York escuché de pronto “Alicia Adorada”, uno de los clásicos del vallenato. Estaba con Josh, un amigo que me preguntó, “¿Por qué la música latinoamericana siempre es alegre?” Reaccioné un poco enojado, pues me pareció que estaba echando mano de un estereotipo. Después de todo la canción es una elegía a Alicia y en su letra se culpa a Dios por su muerte. Pero su comentario se debía más bien a que me vio emocionado. Estando lejos, esa canción tradicional colombiana sonaba a Monterrey. Al advertirlo supe que “Alicia Adorada” es uno de los millones de barcos, a salvo del pragmatismo de Cortés, que flotan a la deriva en el tiempo y el espacio. Como en el viaje de Ulises, al final estos barcos siempre llegan a casa.



Panorámica aérea del centro de la ciudad hacia el noroeste.
Javier Orazco



Fundición no. 2,
M.M. López
Colección: Carlos Jiménez.



Fundición de Hierro y Acero
(Lado Sur),
Ortiz Fotógrafo
Colección: Carlos Jiménez.

Nave Lewis de la Fundidora
de Monterrey.
Eugenio Espino Barros
D.R. ©
Fototeca de Nuevo León,
fondo Espino Barros.



LA PASIÓN DEL COLECCIONISTA

En Monterrey las niñas no se llaman Xochitl, no se celebra el Día de Muertos y no hay Voladores de Papantla. Los mitos fundacionales de la nación mexicana y sus emblemas no tienen vigencia en la ciudad, en parte porque no hay evidencia física de un pasado profundo —no hay pirámides ni iglesias coloniales— y en parte por la distancia geográfica y cultural que existe entre la ciudad y el centro del país.

El único sitio arqueológico en la ciudad es el Parque Fundidora, con las ruinas de sus altos hornos y sus grandes naves convertidas en espacios culturales. La Fundidora fue una de varias industrias de su tipo en Monterrey. La primera se estableció en 1889, al norte de la ciudad. La segunda, conocida como Peñoles, se fundó en 1890. En 1891 se estableció una tercera, parte de la American Smelting and Refining Co., propiedad de la familia Guggenheim de Nueva York.

La Compañía Fundidora de Fierro y Acero Monterrey S.A., como reza su nombre completo, fue la última de esta serie en establecerse, en 1900; fue también la última en dejar de operar, en 1986, cuando se destinaron sus instalaciones para hacer un gran parque urbano. La Fundidora ocupaba un lugar privilegiado en la auto-percepción de Monterrey, en parte por su longevidad y visibilidad en el paisaje de la ciudad, y en parte por haber sido un símbolo del desarrollo económico local y nacional, por haber sido establecida por inversionistas mexicanos y haber sido la primera acería integrada de América Latina.

En 1986 parecía que se había cerrado de manera definitiva un capítulo de la historia de la ciudad, pero la Fundidora sobrevivió al asumir una nueva función. La conversión de sus instalaciones en un monumento histórico reconoce que el pasado de la ciudad no debe buscarse en la sucesión de los



Panorámica aérea del
Parque Fundidora.
Javier Orozco

periodos Precolombino, Colonial e Independiente, estructura fundamental de la historia nacional, sino en la industria como principio de transformación social, crecimiento demográfico y económico, y de enriquecimiento cultural, mediante la diversificación de la población y la definición de una ética específicamente regiomontana.

Otros esfuerzos recientes por recrear el pasado de la ciudad son menos convincentes. Restaurado a principios de los noventa, el Barrio Antiguo, si bien ha cumplido el objetivo de regenerar parte del centro de la ciudad, propone un pasado más propio de Guanajuato que de Monterrey, lleno de colores y calles empedradas. Las casas de este barrio, en su mayoría construidas en la segunda mitad del siglo XIX, definen un ambiente controlado, antiséptico, una especie de parque temático al que los regiomontanos acuden para evadir la realidad. Durante el día sus calles están mayormente vacías; de noche se entregan a la vida nocturna sin oponer resistencia.

En los años noventa se construyó también el Museo de Historia Mexicana de Monterrey, cuya exposición permanente incluye una amplia selección de piezas prehispánicas y coloniales de muy

buena calidad. Para el visitante regiomontano estos objetos hablan de la historia de los otros, de los mexicanos del sur, más lejanos de la cultura de Monterrey que los *cowboys* que antes surcaban a caballo los llanos de Texas, y hoy beben cerveza de lata y levantan el polvo de los caminos con sus *pick-ups*; y más lejanos aún que los vallenateros que van tocando sus acordeones por el mundo, como si no hubiera fronteras.

En el contexto de Monterrey, el origen del Museo es quizás más interesante que lo que narran sus colecciones. Su creación tiene que ver con la históricamente compleja relación entre la ciudad y el gobierno federal.

Uno de los puntos de discordia entre Monterrey y la capital ha sido, desde la Independencia de México, el pago y uso de los impuestos. Vidaurri estableció sus propias aduanas y se negó a ingresar los recursos obtenidos a las arcas nacionales. A finales del siglo XX, por el contrario, buena parte de los impuestos recaudados en la ciudad era administrada por el gobierno central y los regiomontanos resentían que sus contribuciones subsidiaran a regiones “menos productivas” del país –y el problema no es que fueran improductivas, sino

que tenían muy poco que ver con Monterrey: eran “otro país”.

Además, los regiomontanos relacionaban la historia nacional, la de los libros de texto y los rituales de estado, con un gobierno con el que a menudo habían tenido una relación antagónica. Desde los años setenta, la oposición política —encarnada por el PAN— había comenzado a adquirir fuerza en la ciudad, y los triunfos de algunos candidatos de oposición comenzaron a ser reconocidos, notablemente en San Pedro Garza García y San Nicolás de los Garza, municipios del área metropolitana de Monterrey.

A partir de la década de los cincuenta, San Pedro, antes una zona agrícola con algunas casas de fin de semana, se empezó a desarrollar como un suburbio bastante acomodado, con calles arboladas y casas estilo americano: sin bardas y con jardines hacia la calle. En esta zona comenzaron también a establecerse las oficinas de las grandes empresas de la ciudad, en edificios rodeados por amplísimos estacionamientos y jardines; eran parques corporativos como los de los Estados Unidos.

En los años siguientes, los gobiernos de oposición de San Pedro dedicaron las principales aveni-



Panorámica aérea del
Parque Fundidora.
Javier Orozco



Avenida Gómez Morín
en San Pedro Garza García.
Javier Orozco

Entrada de la colonia del
Valle desde Miravalle, ca.
1947.
Elton W. Kruger
Colección: Elton W. Kruger.



das del municipio a los héroes locales y nacionales, según la perspectiva de los líderes empresariales de la ciudad: Roberto Garza Sada, Alfonso Reyes —quizá en representación de su padre, el general Reyes— José Vasconcelos, Manuel Gómez Morín, Humberto Lobo y Ricardo Margain Zozaya, entre otros. Significativamente, Santiago Vidaurri no se convirtió en avenida; tal vez, después de todo, la historia nacional define algunas pautas que ni siquiera los más aguerridos regiomontanos han querido subvertir.

San Nicolás, por su parte, comenzó a tener administraciones municipales de oposición que hacían gala de su eficiencia administrativa, en congruencia con el carácter del municipio en el que se desarrollaron muchas de las grandes industrias de la ciudad y en el que se forjó un sector importante de la orgullosa clase media regiomontana. Las colonias residenciales de San Nicolás se habían desarrollado también semejantes a los suburbios americanos, como en el caso de la colonia Cuauhtémoc.

En el contexto de los debates sobre el uso de los impuestos recaudados en Monterrey, y quizás como reacción a su patente falta de “conciencia

nacional”, el gobierno federal hizo un regalo a la ciudad, el cual sería a la vez una manera de conquistarla, como a una novia enojada, y una herramienta para cambiar su visión de sí misma en relación al resto del país. El regalo fue un flamante Museo de Historia Mexicana.

La exposición permanente del museo nunca abandona el enfoque tradicional de la historia del país. Comienza con las culturas prehispánicas, entendidas todas como una misma cosa que se centraliza, hacia 1400, en el Valle de México, y llega a su fin con el inicio de la colonia española. La Independencia inaugura una tercera gran etapa, la cual es una sucesión de conflictos que terminan por definir “lo que somos hoy”.

Los funcionarios de la capital quizás pensaron que con su regalo llenarían el vacío en la identidad regiomontana que insiste que “aquí no hay historia”. Quizás ignoraban que esa frase de los pocos habitantes de la ciudad significa más bien, “aquí la historia no pertenece a los museos ni a los discursos políticos. Aquí tenemos una historia viva, cuyos monumentos son las chimeneas humeantes de nuestras fábricas, y tenemos además historias secretas, vigentes, que se manifiestan

en narrativas más bien personales; en Monterrey la historia se relata en primera persona y, a menudo, en privado”. Los regiomontanos son, después de todo, personajes mucho más complejos de lo que parecen.

Hace algunos años estuve en Salónica, un puerto en Grecia que antes fue una de las principales ciudades del Imperio otomano y antes aún una ciudad romana. Hace más de dos mil años, Egnatia, la avenida que atraviesa la ciudad, era parte de la carretera que iba de Roma a Constantino-pla. En el siglo XVI, después de la expulsión de los judíos de la Península Ibérica, miles se establecieron en Salónica y formaron una comunidad que se distinguió por su prosperidad, hasta su destrucción en el Holocausto.

A principios del siglo XX, poco más de la mitad de los habitantes del puerto eran judíos sefarditas, hablantes de ladino, una lengua romance cuya base es el castellano que hablaban sus ancestros cuando fueron expulsados por los Reyes Católicos de Castilla y Aragón. Pero los sefarditas eran sólo uno de los muchos grupos culturales de Salónica. Como muestra de su diversidad, en las fotos de



Panorámica aérea
de la Macroplaza.
Javier Orozco

aquella época se pueden apreciar letreros en las calles en árabe, turco, griego, francés, serbio, hebreo y armenio.

Pero nada en Egnatia recuerda este pasado. Sobreviven algunos monumentos antiguos en torno a la avenida, pero son excepciones en un contexto bastante reciente, de edificios mudos. Después de un incendio que consumió buena parte de la ciudad en 1917, Salónica fue reconstruida como una ciudad nueva. Actualmente, sus habitantes parecen estar más orgullosos de ser la cara progresista de Grecia —en contraste con Atenas, que carga el lastre de un pasado milenario— que de haber sido uno de los espacios más plurales y dinámicos de la era moderna.

Después de cuatro días en Salónica, un poco decepcionado por no encontrar evidencia de su historia en sus edificios ni en mis conversaciones con sus habitantes y ni siquiera en sus guías de turistas, me topé de pronto con un viejo de noventa años que quería hablar sobre la ciudad antes de la Segunda Guerra Mundial. El viejo, un zapatero cristiano, sabía hablar ladino y quería que alguien lo grabara, que registrara ese idioma; creía que era el último que lo hablaba, pues los nazis habían

matado a todos los judíos. El zapatero había llegado al aterrador descubrimiento de que al terminar su vida podía morir algo mucho más grande que él, que de cierto modo es una situación que todos compartimos, pues nuestras memorias no nos pertenecen; llevamos en la cabeza un pedazo único de la historia universal.

Poco a poco encontré otras personas cuyas historias, referidas no en los agitados bares y cafés de banqueta del centro de la ciudad, sino bajo la sombra, en espacios más resguardados, me permitieron ir imaginando los colores y olores de la Salónica vieja. Cuando me fui de la ciudad pensé, “Salónica se parece a Monterrey”. Al estar de regreso en México advertí que se parecía incluso más de lo que había imaginado. “Quizás por eso fuiste ahí”, me dijo un amigo, “estás, sin saberlo, buscando Monterrey: por eso te encontraste con su imagen en Salónica”.

Al hablar de mi viaje a Salónica en Monterrey escuché la misma confesión una y otra vez, de personas inesperadas —no parecían interesados en las dimensiones místicas del pasado; eran ingenieros y hombres de negocios, conocedores, ante todo, del fútbol y la carne asada—: “Yo soy descendien-

te de judíos sefarditas”. En el Monterrey racional, calculador, entregado al orden y el progreso, había encontrado un pasado mitológico.

El pasado sefardita de Monterrey es mitológico porque se remonta a 1579, cuando Felipe II encomendó a Luis Carvajal y de la Cueva la conquista y población del Nuevo Reyno de León, una enorme región que ahora comprende el noreste de México y buena parte de Texas. Carvajal era descendiente de judíos conversos, por lo que, de acuerdo a la historia que narran quienes se identifican como sefarditas, su viaje de España al Nuevo Reyno fue una suerte de éxodo, la búsqueda de una tierra prometida en la que pudiera establecerse –junto con otros que se decían católicos pero en realidad eran también judíos– y practicar su religión libremente.

En 1583 Carvajal fundó la Villa de San Luis, en el lugar donde Alberto del Canto había fundado, fallidamente, la Villa de Santa Lucía en 1577 (no sería hasta 1596, en una tercera fundación realizada por Diego de Montemayor, que se le daría el nombre de Monterrey). La Villa de San Luis, alejada de la Ciudad de México, centro de operaciones de la corona española en la Nueva España y sede del

Panorámica aérea de la Macroplaza.
Javier Orozco





Villa de García, ca. 1935 .
Elton W. Kruger
Colección: Elton W. Kruger.

tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, sería, según la leyenda, una nueva Jerusalén.

La leyenda se torna en historia en el momento en el que Carvajal es acusado por no denunciar a su sobrina, quien en una ocasión había hecho comentarios heréticos, y es desterrado de las Indias por seis años, aunque muere en prisión antes de dejar el continente. Algunos de sus familiares fueron también enjuiciados y murieron en la hoguera.

La persecución de esta familia seguramente tuvo motivaciones más políticas que religiosas. Pero los hechos son, a los ojos de muchos regiomontanos, una confirmación de las intenciones judaizantes e incluso mesiánicas de Carvajal (para los escépticos son más bien la razón por la que se le atribuyen esas intenciones).

El resto del relato, que asegura que muchos judíos permanecieron en Monterrey y preservaron sus prácticas y la conciencia de su identidad religiosa durante siglos, es a menudo inconsistente, y no existen documentos ni evidencias claras en la cultura de la región para probar su validez.¹

No es impreciso decir que muchos de los habitantes del Nuevo Reyno de León eran de origen judío, pero esta aseveración no hace de éste un lu-

gar excepcional: es válida para cualquier región en la que se establecieron españoles. A lo largo de la Edad Media, miles de judíos —quizás hasta cien mil— se convirtieron al catolicismo en la Península Ibérica y se integraron a las nacientes naciones española y portuguesa. Contrario a su imagen popular, la Inquisición fue más un mecanismo de control social y político que uno para garantizar la “pureza de sangre”; de no ser así, hubiera tenido que condenar a la hoguera a prácticamente toda España.

Independientemente de sus bases históricas, el hecho de que el pasado judío de la ciudad esté tan arraigado en la imaginación de sus habitantes es significativo. Quizás refleja la conciencia del aislamiento de la ciudad con respecto al resto del país; quizás se trata de un acto de resistencia ante las estructuras dominantes en la historia nacional; quizás habla sobre la identificación de la ciudad con la ética de trabajo y el éxito económico que se atribuye a los judíos.

Todas las posibles interpretaciones reconocen que la identidad de la ciudad es mucho más compleja de lo que se aprecia a simple vista y de lo que asumen las crónicas oficiales. Más allá de la sucesión de los nombres de los gobernadores del

estado, más allá los documentos que describen tediosamente el papel de la ciudad en las luchas revolucionarias, más allá de “la noche de 1864 que Juárez pasó en Monterrey”, más allá de los hechos, se esconde el significado de la historia.

García es un pueblo vecino de Monterrey, congelado en la época en que la vocación del noreste de México era principalmente comercial. Antes de la industrialización de Nuevo León, García era una población bastante concurrida por la que circulaban las mercancías entre la frontera norte y el sur del país. En los últimos años del siglo XIX, los trenes condujeron a la desaparición de las caravanas de comerciantes y robaron a este pueblo su fortuna. Desde entonces poco ha cambiado en García y hoy es quizás lo que más se parece a los barrios antiguos de Monterrey.

Una mañana de verano, al caminar por las calles de García, me pareció que estaba en un pueblo fantasma. Las fachadas de sus casas son una cinta ininterrumpida de muros deslavados con muy pocas ventanas. Las plazas públicas tienen pocas sombras. Hacia las doce del día el calor era insoportable.

¹ En la imaginación popular se asocian ciertas prácticas culturales, culinarias y lingüísticas de Monterrey y sus alrededores con los judíos sefarditas: se dice, por ejemplo, que las tortillas de harina son una variación de pan sin levadura y que palabras como *huerco* son de origen judío (ver Ricardo Elizondo Elizondo, *Los sefarditas en Nuevo León: reminiscencias en el folklore*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1987). Cada una de estas evidencias puede ser refutada; son de interés por su carga ideológica y no necesariamente se les debe considerar objetos históricos.



Panorámica de Monterrey
hacia el oriente.
Javier Orozco

Vi la puerta de una casa entreabierta y me asomé al interior. Una señora me invitó a pasar, aunque al principio no pude verla, por el contraste entre la luminosidad del exterior y la oscuridad del interior. Poco a poco comencé a distinguir a otras personas. Había una familia entera refugiándose del calor, casi inmóvil, en un cuarto de techos muy altos. No era más que una tienda de abarrotes, el primer indicio de vida que encontré en García.

Salí de nuevo a las calles y me dirigí a casa de Guillermo Sepúlveda, galerista regiomontano que pasa los fines de semana en García. Al cruzar la puerta de su casa no me encontré con la oscuridad, sino con un jardín voluptuoso, poblado de higueras, granados, aguacates y nogales. En ese jardín la luz imparcial del sol tenía sentido: encendía el verde intenso de los frutales, los cuales, supuse, habían sido guiados para que crecieran a imagen de sus ancestros salvajes.

Guillermo me mostró un muro entre las plantas y me dijo que había otro atrás. El jardín estaba dividido en secciones, para que fuera un fuerte efectivo en caso de que los indios atacaran la casa. Me mostró también un pozo cerca del primer muro desde el que sale un túnel que se comunica con otras ca-



Panorámica del centro de Monterrey.
Javier Orozco

sas. Según me dijo, es ancho, con espacio suficiente para un hombre a caballo. Lo deben haber construido para esconderse o escapar en caso de que la casa fuera sitiada. En siglos pasados, el exterior era un espacio peligroso y el interior la imagen del paraíso: superabundante y poblada de misterios insaciables.

En el canto de un arco del pórtico de la casa, Guillermo me enseñó un fresco que había descubierto bajo la pintura blanca. Era un corazón y según me dijo, un símbolo familiar de sus ancestros sefarditas.

Entramos después a la casa, una serie de cuartos habitados por miles de objetos: retratos de personas que nadie recuerda, candelabros de bronce, imágenes de santos, espejos, calaveras de azúcar, aves disecadas, cristos sangrantes, trajes de luces antiguos, parafernalia de la Iglesia antes de los concilios.

En el pausado recorrido por esos cuartos descubrí que la saturación de los sentidos puede ser reconfortante; en este contexto, produce un sentimiento muy diferente al que producen las iglesias barrocas, que nos llenan de admiración y nos empuñan. Cada objeto tiene una historia, y en el

interior de la casa las historias se entrelazan en tramas cada vez más complejas y sugieren un orden superior, pero uno que no requiere actos de fe; es un orden terrenal y verificable: es el pasado encarnado.

Según Walter Benjamín, coleccionar es la búsqueda de un orden en la enormidad del caos.² Coleccionar es convertir objetos ordinarios en piezas únicas, darles nombres propios, los cuales, cargando el peso de su trayectoria en el tiempo, asumen nuevas formas en cada presente.

Una ciudad, para quien vive en ella, es una colección de espacios que se van hilvanando en sus recorridos habituales. Con el tiempo, estos recorridos se convierten en memorias que se desordenan y reordenan y se están llenando siempre de significados.

A lo largo de los años han desaparecido rincones diversos de Monterrey, pero no su importancia como objetos de la memoria, la cual se manifiesta en las conversaciones de mis abuelos —en las conversaciones de todos los que recuerdan— como un fértil conjunto de fragmentos.

El sitio en el que se encontraba la tienda del señor Azcúnaga en el centro de Monterrey impor-

² Todas las pasiones se acercan a lo caótico, pero la pasión del coleccionista se acerca al caos de las memorias.

Panorámica del centro de Monterrey.
Javier Orozco

ta porque ahí iba mi abuelo a entregar los pedidos de barras de mantequilla y botes de crema que le mandaba su padre desde El Carmen, Tamaulipas. Importa también porque cerca estaba La Vencedora, una panadería donde compraba pan para la comida todos los días, y todavía hoy nunca falta el pan y la crema en la mesa de su casa.

La placita Bolívar importa porque ahí vivía el doctor White, un médico americano muy conocido. Mi abuelo trabajó con él cuando estudiaba secundaria, limpiando y ordenando sus aparatos. El doctor lo debe haber recibido, dice mi abuela, por la admiración con la que observaba todo lo que había en su consultorio. El consultorio del doctor White importa porque mi abuelo estudió medicina y lleva más de sesenta años yendo al hospital en las mañanas y dando consulta en las tardes.

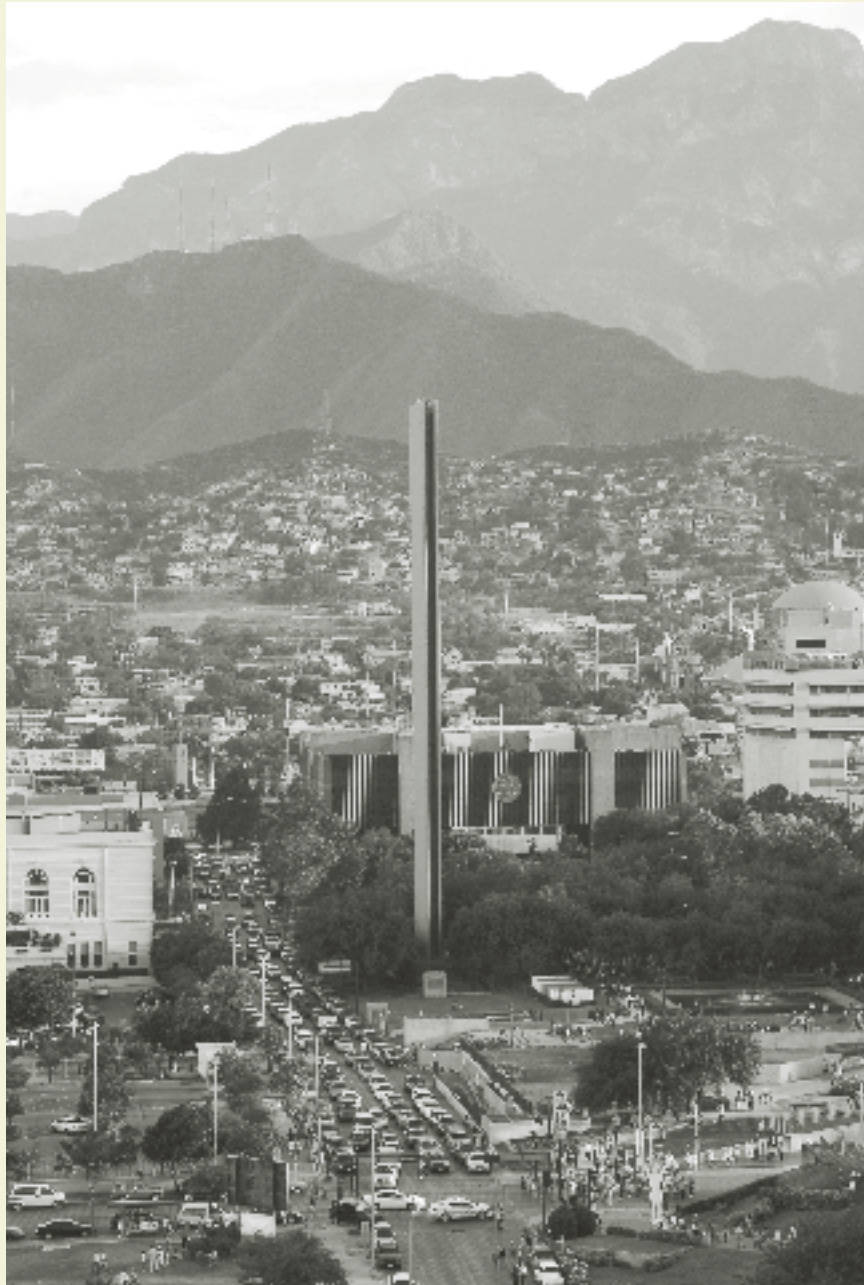
El Casino importa porque durante una época mi abuelo iba ahí todos los días con su abuelo antes de la comida. Mientras su abuelo jugaba una ronda de dominó con sus amigos, él se quedaba afuera, en el Ford negro con el chofer, quien le contaba historias que le abrieron mucho los ojos. Las historias del chofer importan porque, al es-

cuchar esta anécdota, mi abuela exclama: “¡Las porquerías que no te debe haber enseñado!”

El Dios Bola importa porque, según mi abuelo, su profesor de historia en el Colegio Civil, el maestro Morales Gómez, se inspiró en este monumento para explicar el concepto de la ciencia –y en su visión la historia era una ciencia–, nuestros conocimientos son como el volumen de la esfera y lo que ignoramos como su superficie. Mientras más sabemos somos también más ampliamente ignorantes.

En el proceso de ir reconstruyendo la ciudad de la memoria, de ir encontrando el espacio que ocupaban las casas de los abuelos de mis abuelos, desdibujado por nuevos pasos a desnivel y otras formas de la destrucción, se va hinchando la esfera de la que hablaba Morales Gómez. Con la repetición de ciertas historias, con los nuevos detalles que aparecen o se matizan en cada versión de los hechos, se va hinchando la esfera. Cada punto en el espacio carga con su dimensión en el tiempo y pareciera de pronto que puede postular el infinito; nuestra ignorancia se manifiesta cuando visualizamos el infinito junto a nuestra memoria, atada inevitablemente a sus circunstancias.





Panorámica con el Faro del Comercio al centro.
Javier Orozco

CRONOLOGÍA DE MONTERREY

La cronología a continuación organiza la historia de Monterrey en seis etapas, cada una de las cuales inicia con un evento determinante en el desarrollo de la ciudad: su primera fundación en 1577; la creación del Obispado de Linares en 1777; el establecimiento de la frontera con los Estados Unidos a doscientos kilómetros de la ciudad en 1848; la fundación de la Cervecería Cuauhtémoc y de las primeras fundiciones hacia 1890; la crisis laboral y política de 1936 que condujo al desarrollo de formas locales de organización laboral y el asesinato de Eugenio Garza Sada en 1973.

ORÍGENES

En los primeros años de la ciudad su población es magra e inestable. Sufre a menudo por inundaciones y está en constante enfrentamiento con los grupos indígenas como los guachichiles y los alazapas que habitaban la región antes de la llegada de los colonizadores españoles y sus aliados tlaxcaltecas.

- 1577 Después de fundar Saltillo, el capitán Alberto del Canto avanza hacia el noreste y funda la Villa de Santa Lucía.
- 1579 Felipe II, rey de España, da a Luis de Carvajal y de la Cueva el título de gobernador del Nuevo Reyno de León, con la

obligación de explorar, pacificar y poblar esta nueva provincia.

- 1583 Luis de Carvajal funda la villa de San Luis Rey de Francia en el sitio donde Alberto del Canto había fundado la villa de Santa Lucía, para entonces desaparecida.
- 1595 Carvajal muere en prisión, después de haber sido condenado por la Inquisición por herejía. Un año más tarde, miembros de su familia fueron quemados en la hoguera por el mismo motivo.
- 1596 Diego de Montemayor funda la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey en el lugar donde se ubicaron las villas de Santa Lucía y de San Luis, y comienza a repoblar la región, después de su decadencia tras el proceso contra Carvajal.
- 1602 Se funda y comienza a construirse el convento de San Francisco.
- 1612 La ciudad queda prácticamente destruida tras una inundación y se reconstruye en un punto más alto.
- 1626 Se comienza a construir la primera iglesia parroquial de Monterrey, en el sitio donde hoy se encuentra la Catedral.
- 1637 Por instrucciones del gobernador Martín de Zavala, se funda Cadereyta con el nombre de San Juan Bautista de Cadereyta.
- 1756 La antigua misión de Guadalupe se convierte en el Pueblo de la Nueva Tlaxcala de Nuestra Señora de Guadalupe de Horcasitas.

Según una carta de fray Servando Teresa de Mier, inicia el culto a la virgen de la Purísima cuando, durante una tormenta, “una india zapatera, que tenía una imagen de Nuestra Señora, de talla, echó la voz que la sacó y la imagen dividió las aguas”.¹

- 1762 Se establece el primer servicio de correos Monterrey-Ciudad de México, con viajes mensuales.
- 1765 Nace en la ciudad fray Servando Teresa de Mier, quien sería un controvertido ensayista y orador, así como uno de los principales ideólogos de la Independencia mexicana.

LA CIUDAD DEL OBISPADO

Hacia el último cuarto del siglo XVI se empiezan a construir los edificios y a establecerse las instituciones más antiguas que sobreviven en la ciudad. Sus autoridades más prominentes son los obispos. Continúan los violentos enfrentamientos entre los habitantes de la ciudad y los indígenas de la región.

- 1777 El papa Pío VI autoriza la creación del Obispado de Linares, en la ciudad de ese nombre. El obispo fray Rafael José Verger, segundo en ocupar el cargo, trasladó su sede a Monterrey.
- 1787 Inicia la construcción del Palacio del Obispo como casa de descanso en la loma de Chepe Vera, por encargo del obispo Verger.

- 1791 Se traza el plano más antiguo de Monterrey que sobrevive.
- 1792 El obispo Andrés Ambrosio Llanos y Valdés pide a Jean Crouset el diseño de una nueva traza para la ciudad, una gran catedral y un hospital. Ninguna de estas obras se termina.
El obispo funda el Real y Tridentino Seminario Conciliar de Monterrey, primera institución de educación superior en el Nuevo Reyno.
- 1813 Llega la primera imprenta a Monterrey, como parte del botín que obtuvieron tropas realistas tras una batalla contra fuerzas insurgentes en Texas. La segunda imprenta la trajo poco después a la ciudad Fray Servando Teresa de Mier.
- 1821 Joaquín de Arredondo, entonces jefe militar de las Provincias de Oriente, proclama la Independencia de México en Nuevo León.
- 1824 La Constitución mexicana reconoce a Nuevo León como estado. Servando Teresa de Mier lo representa ante el congreso.
- 1830 Se construye la Capilla de los Dulces Nombres.
- 1833 La iglesia parroquial de Monterrey es consagrada como catedral. Su torre se construyó entre 1891 y 1899.
Llega de su natal Guadalajara a Monterrey el doctor José Eleuterio González, respetado médico, educador, servidor público, filántropo e historiador, conocido popularmente como *Gonzalitos*.
- 1846 Tras sangrientas batallas, los norteamericanos toman la ciudad el 24 de septiembre. Los principales fuertes de los defensores fueron el Obispado y las

ruinas de la Catedral que se había empezado a construir en tiempos del obispo Llanos y Valdés. Los americanos permanecieron en la ciudad hasta 1848.

- 1847 Comienza la construcción de la que más tarde fue la Basílica del Roble, dedicada al culto de la virgen del mismo nombre. No adquirió su imagen actual hasta bien entrado el siglo XX.
Soldados americanos registran la evidencia más antigua de la presencia del acordeón en la ciudad.

EL DESPERTAR DE UNA IDENTIDAD

Monterrey encuentra su identidad como centro comercial del noreste de México, en el marco de una filosofía política y económica regionalista. Se sienta la base para su futuro desarrollo industrial.

- 1848 Tras la guerra con los Estados Unidos y la independencia de Texas, se establece un nuevo límite territorial a doscientos kilómetros de Monterrey, lo cual proyecta el papel de la ciudad como un dinámico centro comercial y de contrabando.
- 1853 Se concluye la planta baja del Palacio Municipal así como la segunda planta en el extremo oriente.
- 1854 En el municipio de Santa Catarina se establece la fábrica de hilados y tejidos La Fama, la primera del estado.
- 1855 Vidaurri toma el poder como gobernador de Nuevo León. Ese mismo año establece un arancel que redujo los costos del comercio con los Estados Unidos de manera significativa.
- 1856 Vidaurri decreta la anexión del estado de Coahuila a Nuevo León. Los estados fueron separados por Juárez en 1864.

Se recupera y publica, por instrucciones de Vidaurri, el *Acta de fundación* de Monterrey.

- 1857 Se decreta el establecimiento del Colegio Civil. Comenzó a funcionar dos años después.
Se inaugura el Teatro Progreso, el primero del estado. Funcionó hasta su destrucción por un incendio en 1896.
- 1861 Se traza la Alameda al norte de la ciudad. Comprende originalmente dieciséis cuadras.
- 1861-1865 Durante la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, cierran los puertos de los Estados Confederados, por lo que se forman rutas comerciales que van de Laredo y Piedras Negras a Monterrey y después al puerto de Matamoros, de donde salen las mercancías (principalmente algodón) hacia Europa.
- 1862 El predicador protestante Santiago Hickey comienza a propagar la religión protestante en Nuevo León. Dos años más tarde se constituye la primera iglesia protestante del estado.
- 1864-1867 El ejército francés ocupa México. El general Armand de Castagny es designado como comandante militar de Nuevo León.
Vidaurri se desempeña como consejero imperial y más tarde como ministro de Hacienda en la corte de Maximiliano de Habsburgo.
- 1866 Un grupo de comerciantes firma los estatutos para la constitución del Casino de Monterrey.
- 1867 Vidaurri es fusilado por traición por órdenes del general Porfirio Díaz, en la plaza de Santo Domingo de la Ciudad de México.

José Eleuterio González *Gonzalitos*, publica sus *Noticias y documentos para la historia del estado de Nuevo León*.

1870 El Colegio Civil comienza a operar en su ubicación actual, tras la adecuación del edificio concebido originalmente como hospital por Jean Crouset. Monterrey se conecta por telégrafo a la Ciudad de México.

1874 Comienza la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón, concluida casi tres décadas más tarde, en 1902.

1881 Comienza la publicación de *La Revista*, el primer periódico en Monterrey de frecuencia diaria.

1882 Llega el ferrocarril a Monterrey; la ciudad queda conectada con Laredo.

1885 El general Bernardo Reyes es nombrado gobernador provisional por el Senado de la República. Tras el breve gobierno de Lázaro Garza Ayala, Reyes asumió de nuevo el cargo de gobernador hasta 1909.

1886 Se reduce a la mitad la Alameda y se le da el nombre de Porfirio Díaz. Sobre parte de ella, Reyes ordena la construcción de una penitenciaría, que fue demolida en la década de los cuarenta del siglo XX. Monterrey queda unida por ferrocarril a la capital del país.

1887 El gobernador Lázaro Garza Ayala promulga la Ley protectora de la industria, que contribuyó a su desarrollo en años posteriores.

1888 Con el apoyo del general Reyes, se construye una sede para el Casino, a un costado de la Catedral en la plaza Zaragoza.

1889 Nace en la ciudad el escritor Alfonso Reyes.

Comienza a funcionar el Ferrocarril del Golfo, que conecta Monterrey con el puerto de Tampico.

EL DESPEGUE INDUSTRIAL Y LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO

Los capitales formados en el comercio se vuelcan a la industria. La clase industrial está inmersa en ideologías progresistas. Su prosperidad y visión cosmopolita se refleja en la creación de nuevas instituciones y en la transformación de la fisonomía de la ciudad. Llegan inmigrantes de los Estados Unidos, Europa y el Medio Oriente que introducen nuevas dinámicas sociales y culturales. Monterrey se convierte en el inconfundible centro social, cultural, político y económico del noreste de México.

1890 Se establece la Cervecería Cuauhtémoc. Comenzó a operar dos años después. Su primer producto fue la cerveza Carta Blanca.

Se establece la Fundación Número 2, más tarde conocida como Peñoles.

1892 Se trazan las calzadas Unión y Progreso (hoy calzada Madero y Pino Suárez), al norte y poniente de la ciudad. Se establece el Banco de Nuevo León. Comienza a circular el periódico *The Monterrey News*, la primera publicación moderna en la ciudad, enfocado en las noticias. Se imprimió en inglés hasta la aparición de una edición en español en 1902.

1895 Comienza la construcción del Palacio de gobierno de Nuevo León, diseñado por el ingeniero Francisco Beltrán. Se terminó en 1908.

1896 Se inaugura el edificio de la Estación del Golfo, hoy Casa de la Cultura.

1898 Porfirio Díaz visita Monterrey como jefe de estado. Se realizan diversos eventos, incluyendo un banquete en el Casino.

Se inaugura el Teatro Juárez, que sustituye al desaparecido Teatro Progreso.

1899 Se establece la Compañía del Panteón de El Carmen S.A., formada por un grupo de comerciantes e industriales.

Se establece el Banco Mercantil de Monterrey.

1900 Se establece la Fundidora Monterrey. Su primer horno comenzó a operar en 1903.

El arquitecto Alfred Giles abre en Monterrey una sucursal de su oficina de San Antonio.

1901 Se constituye el Círculo Mercantil Mutualista. Su sede actual data de la década de los treinta.

1903 Opositores al gobierno de Reyes protestan en la plaza Zaragoza. Son balaceados desde la azotea del Palacio Municipal.

1905 Se constituye la Gran Logia de Nuevo León, integrada por tres logias fundadas poco antes, dependientes de la Gran Logia de Veracruz.

1906 Comienza a operar Cementos Hidalgo. En 1931 se uniría con Cementos Portland de Monterrey para formar Cementos Mexicanos S.A. (CEMEX).

1907 Comienzan a operar tranvías eléctricos en la ciudad.

1908 Se inaugura el puente de San Luisito, sobre el Río Santa Catarina.

- 1909 Una inundación destruye decenas de edificios y cobra la vida de alrededor de cinco mil personas. Reyes deja el gobierno de Nuevo León y se exilia en Europa. Se establece la Vidriera Monterrey, sucesora de otra establecida diez años antes que no prosperó.
- 1910 Acusado de perturbar el orden público, Francisco I. Madero es detenido en Monterrey durante su campaña presidencial. Se inaugura el Dios Bola y el Arco de la Independencia. Se le da el nombre de colonia Independencia al barrio de San Luisito.
- 1911 Muere Bernardo Reyes en una batalla al intentar tomar el Palacio Nacional, siendo presidente Francisco I. Madero. La Cervecería establece la Escuela Politécnica Cuauhtémoc.
- 1912 Se inaugura el Hotel Ancira, en la plaza Hidalgo.
- 1913 Termina la construcción del Colegio del Sagrado Corazón, conocido oficialmente como Academia Comercial Femenina.
- 1914 El gobernador revolucionario Antonio I. Villarreal, manda demoler el antiguo convento de San Francisco, el edificio más antiguo de la ciudad. Sus confesionarios son quemados en la vía pública. Un incendio destruye el Casino.
- 1918 Se establece la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa (SCYF).
- 1919 Nace el periódico *El Porvenir*.
- 1920 Se construye la capilla y entrada del panteón de Dolores.

- 1921 Fábricas Monterrey S.A. (FAMOSA) pasa de ser un departamento interno de la Cervecería a ser una industria independiente, para la producción de corcholatas. Comienza a publicarse la revista *Trabajo y Ahorro*, para los trabajadores del Grupo Monterrey.
- 1922 Se inaugura la nueva sede del Casino, en el mismo sitio que la anterior.
- 1926 Comienza la cruzada del presidente Plutarco Elías Calles contra la religión.
- 1927 Se erige la iglesia bautista, de estilo georgiano, en la calle de Aramberri.
- 1929 El general José Gonzalo Escobar toma Monterrey. El general Juan Andreu Almazán lo persigue hasta Chihuahua, donde finalmente es sometido. Termina la construcción de la Escuela Industrial Álvaro Obregón en la Calzada Madero. La Ladrillera Monterrey, establecida en 1890, se constituye como Lamosa.
- 1930 Termina la construcción del Palacio Federal, destinado para diversas oficinas de gobierno.
- 1933 Se establece el Consejo de Cultura Superior, para coordinar las instituciones de educación superior existentes. Más tarde se convirtió en la Universidad de Nuevo León.
- 1934 Se establece el Hospital Muguerra, el primer hospital privado en la ciudad.

LA CIUDAD DE LA PURÍSIMA

Las ciudad se expande de manera significativa; se forman suburbios y otros espacios urbanos a imagen de los de los Estados Unidos. Las empresas crean instituciones que prestan servicios a sus trabajadores y

contribuyen a su desarrollo como una sólida clase media. Propician también el establecimiento del Tec de Monterrey. Estas instituciones se construyen bajo la bandera de la eficiencia y con claros esquemas de autoridad.

- 1936 En paralelo a la creación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) a nivel nacional, y en el contexto de conflictos laborales, en Monterrey se forma la Federación de Sindicatos Independientes, que más tarde se convertiría en Fenasa. Se realizan diversas protestas contra las políticas socialistas del presidente Lázaro Cárdenas en Monterrey. Una de ellas conduce al establecimiento del Club Sembradores de la Amistad. Juan Andreu Almazán construye la carretera a Chipinque y comienza a desarrollar la colonia de casas de campo Olinalá. Se establecen diversas industrias, como Cigarrera la Moderna, Industrias Mexicanas S.A. (IMSA), y Titán S.A. como empresa independiente de la Cervecería. Se establece la compañía tenedora de acciones de la Cervecería y sus filiales, Valores Industriales S.A. (VISA).
- 1938 Se publica en Monterrey la primera edición de *Nuevo León, apuntes históricos*, de Santiago Roel, el cual sería uno de los libros más influyentes sobre la ciudad en el siglo XX. Empieza a publicarse el periódico *El Norte*.
- 1939 Se establece el equipo de beisbol profesional Carta Blanca, auspiciado por la Cervecería Cuauhtémoc. En 1948 adoptó el nombre de Sultanes de Monterrey.

- El arquitecto Joaquín A. Mora remodela el Colegio Civil en estilo neo-colonial.
- 1940** Juan Andreu Almazán se postula como candidato a la presidencia. Es apoyado por empresarios y buena parte de la población de Monterrey. Resulta electo Manuel Ávila Camacho, del partido oficial. Antonio L. Rodríguez establece Seguros Monterrey S.A.
- 1941** En medio de una gran controversia, comienza la construcción de la nueva iglesia de la Purísima. Se establece el servicio aéreo para pasajeros entre la Ciudad de México y Monterrey.
- 1942** Se funda Hojalata y Lámina S.A. (HYLSA)
- 1943** Encabezados por Eugenio Garza Sada, un grupo de empresarios funda el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Se inaugura el Hospital Civil, sucesor del Hospital González fundado décadas atrás por Gonzalitos. Se ensancha la calle Padre Mier, para lo cual se destruyen decenas de edificios. Poco antes se habían ensanchado las calles de Zaragoza y Morelos.
- 1944** Se inauguran las instalaciones de la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, SCYF. Incluyen espacios sociales, culturales y deportivos. La Cervecería comienza a dar servicio médico gratuito a sus trabajadores. Comienza la urbanización de la colonia Anáhuac. Llega el arquitecto Ricardo Guajardo a la ciudad como representante del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE). Sería invitado para establecer y dirigir la carrera de arquitectura en el Tec un año más tarde.
- 1945** Comienza la construcción del campus del Tec de Monterrey, al oriente de la ciudad. Antes sus instalaciones se encontraban en diversos edificios en el centro. Un grupo de empresarios establece el Club de Fútbol Monterrey, conocido popularmente como Rayados. Comienza la urbanización de la colonia del Valle. Ángel Zárraga pinta murales en el interior de la Catedral. Se trata de una iniciativa del obispo Córdoba y Trischler.
- 1950** Termina la construcción del Edificio Chapa. Con doce pisos, es el más alto de la ciudad.
- 1952** Concluye la canalización del río Santa Catarina, promovida por el gobernador Ignacio Morones Prieto. Se demuele el puente de San Luisito.
- 1956** Se inaugura el Museo de Historia Regional de Nuevo León en el Palacio del Obispado. La obra es promovida por el gobernador Raúl Rangel Frías.
- 1957** El presidente Adolfo Ruiz Cortines inaugura la colonia Cuauhtémoc, que cuenta para entonces con mil 318 casas para los trabajadores del Grupo Monterrey. Inicia la construcción de la iglesia de San José Obrero en la colonia Cuauhtémoc. Se terminó en 1962. Juan Celada Salmón, ingeniero en jefe de HYLSA, desarrolla y patenta el Método HYL, que permite la reducción directa del acero.
- 1958** Bajo el liderazgo del gobernador Rangel Frías, inicia la construcción de la Ciudad Universitaria, en el municipio de San Nicolás de los Garza.
- 1959** Se inaugura el edificio de oficinas Condominio Acero, promovido por la Fundidora Monterrey y diseñado por el arquitecto Mario Pani. Se inaugura el Edificio Monterrey, obra del arquitecto Ricardo Guajardo. Alberga las oficinas de Seguros Monterrey.
- 1960** Se establece el equipo de fútbol Tigres de la Universidad de Nuevo León. Debutaron en la primera división en 1974.
- 1962** Decenas de miles de personas protestan en las calles de Monterrey contra los libros de texto gratuito que distribuyó por primera vez la Secretaría de Educación Pública. Termina la construcción del gimnasio del Tec de Monterrey, obra del arquitecto Ricardo Guajardo.
- 1964** Se construyen los Condominios Constitución en el centro de la ciudad, promovidos por instituciones del gobierno federal.
- 1967** Un grupo de empresarios traslada la fábrica de automóviles Borgward de Alemania a Monterrey, en donde se producen por tres años hasta la quiebra de la planta.
- 1968** Se registran protestas estudiantiles en las universidades de la ciudad. En el Tec, cerca de cien estudiantes hacen una huelga de hambre frente a la Rectoría.
- 1969** Un avión comercial se estrella contra el Cerro del Fraile. Mueren sus 79 pa-

sajeros y tripulantes, entre los que se encontraban importantes personajes de la política y cultura del país. Se establecen la Universidad de Monterrey (UDEM) y la Universidad Regiomontana (UR).

1971 En el contexto de un conflicto político que obliga al gobernador Eduardo Elizondo a renunciar, la Universidad de Nuevo León adquiere autonomía.

1972 Comienza a operar la Galería Miró, primera dedicada al arte moderno en la ciudad. Más tarde cambió su nombre a Arte Actual Mexicano.

Inicia la expansión del Tec de Monterrey, que establece campus especializados en Ciudad Obregón, Sonora y la Ciudad de México.

LOS AÑOS RECIENTES

El grupo industrial que vio su origen en las últimas décadas del siglo XIX se vuelve más heterogéneo y complejo. La ciudad crece de manera vertiginosa y comienzan a emerger espacios para la reflexión sobre su pasado y para expresiones culturales cada vez más diversas e incluso divergentes. Ciertas instituciones regiomontanas consolidan su influencia más allá de la ciudad, y compañías extranjeras adquieren algunas de las empresas regiomontanas más emblemáticas.

1973 Eugenio Garza Sada es asesinado por miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Decenas de miles de personas asisten a su entierro.

Con la invasión de predios al norte de la ciudad inicia el movimiento social Tierra y Libertad. Se establece Fomento Metro-

politano de Monterrey (FOMERREY) para atender el problema de falta de vivienda en la ciudad.

1974 El Grupo ALFA, con HYLSA como su principal empresa, se desprende de VISA (hoy FEMSA). Alfa comienza a expandir y diversificar sus operaciones hasta convertirse en la empresa privada más grande del país.

1975 La Estación del Golfo es restaurada y se convierte en la Casa de la Cultura de Nuevo León.

Termina la construcción de la primera etapa de las oficinas de la Fundidora Monterrey, diseñadas por el arquitecto Rodolfo Barragán. La segunda etapa no se llegó a construir.

1976 La Fundidora queda bajo el control de la empresa pública Sidermex por no poder pagar sus deudas.

1977 Se funda el Museo de Monterrey, dedicado principalmente al arte moderno, en las instalaciones de la Cervecería Cuauhtémoc.

Se inaugura la Escuela Superior de Música y Danza de Monterrey en el antiguo Colegio del Sagrado Corazón, en el Obispado.

Por iniciativa de los comerciantes del centro de la ciudad se peatonaliza la calle Morelos.

1978 Se construyen los parques corporativos de ALFA y CYDSA en San Pedro.

La empresa del mismo nombre inaugura el Planetario ALFA, con exposiciones de ciencia y arte, y una pantalla Imax.

1979 Más de un millón de personas se reúnen en el lecho del Río Santa Catarina a escuchar un mensaje del papa Juan Pablo II, quien habló desde el ahora co-

nocido como Puente del Papa. Realizó una segunda visita en 1990.

Se construyen canchas deportivas en el lecho del Río Santa Catarina.

Según la revista *Forbes*, Monterrey alberga el 3 por ciento de la población del país y produce el 20 por ciento de su producto nacional bruto.²

1981 Abre al público la Capilla Alfonsina, con la biblioteca personal del escritor Alfonso Reyes, en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

El pintor Julio Galán, uno de los mayores exponentes del arte en la ciudad, presenta su primera muestra individual, en la Galería Arte Actual Mexicano.

1982 Comienza la construcción de la Macroplaza, para lo que se demuelen decenas de edificios antiguos. En torno a la plaza se construyen diversos edificios. El espacio se inauguró en 1984.

Se forma el grupo musical Bronco, el cual populariza la música norteña en todo el país y América Latina.

1982 Abre sus puertas el Mol del Valle, el primer centro comercial de estilo americano de la ciudad. Al año siguiente comenzó a operar Galerías Monterrey. Se inaugura el nuevo Santuario de Guadalupe, en la Colonia Independencia. Inicia la carrera de Celso Piña, el más conocido de los compositores e intérpretes del vallenato en Monterrey.

La crisis económica afecta de manera importante a empresas regiomontanas como ALFA y CYDSA, las cuales estaban fuertemente endeudadas.

1985 El Casino Monterrey es remodelado para regresar sus fachadas y salones principales a su estado original de 1922.

- 1986 La Fundidora Monterrey se declara en bancarota y deja de funcionar. Nueve mil trabajadores quedan sin empleo.
- 1988 Las instalaciones de la Fundidora se destinan para la creación de un parque ecológico.
Se firma un decreto para proteger la zona de la ciudad que, tras su restauración, se conoce como el Barrio Antiguo. El huracán Gilberto entra a la ciudad causando inundaciones y grandes pérdidas humanas y materiales.
- 1991 Se inaugura el Museo de Arte Moderno de Monterrey (MARCO). Comienza a operar la primera línea del metro de Monterrey.
Se inaugura el Centro Internacional de Negocios de Monterrey (CINTERMEX) en el Parque Fundidora.
- 1992 Se inaugura el Museo del Vidrio en las instalaciones de la empresa VITRO, con exposiciones permanentes de arte en vidrio y sobre la historia de este material.
Comienza el desarrollo urbanístico de Valle Oriente, en los antiguos terrenos de la Ladrillera Monterrey.
Se establece el patronato de administración del Parque Ecológico Chipinque, conformado por empresarios y el gobierno del estado, tras la expropiación de los terrenos en 1989.
- 1993 El periódico *El Norte* expande su influencia en el país al comenzar a publicar *Reforma*, en la Ciudad de México.
- 1994 Se inaugura el Museo de Historia Mexicana de Monterrey.
- 1996 Monterrey celebra cuatrocientos años de su fundación.
- 1998 Un incendio consume miles de hectáreas de la Sierra Madre Oriental, incluyendo parte del Parque Ecológico Chipinque.
Se establece la Cineteca Nuevo León en una de las antiguas naves de la Fundidora.
- 2000 Cierra sus puertas el Museo de Monterrey.
La compañía estadounidense New York Life compra la totalidad de las acciones de Seguros Monterrey.
- 2002 Se lleva a cabo en la ciudad la Conferencia sobre el Financiamiento para el Desarrollo de la ONU, con la participación de 37 jefes de estado.
- 2005 La empresa multinacional Ternium compra HYLSA.
Se inician las obras del Parque de Investigación e Innovación Tecnológica (PIIT) proyecto que une esfuerzos de universidades, empresas y los tres órdenes de gobierno.
- 2007 Se reinaugura el Colegio Civil, tras su restauración, convertido en centro cultural de la UANL.
Se inaugura el Museo del Acero en las instalaciones del Horno Tres de la antigua Fundidora.
Se renueva el Parque Fundidora y se lleva a cabo el Fórum Universal de las Culturas.
Se inaugura el Museo del Noreste (MUNE).
Se inaugura la sección del Parque Fundidora que lo comunica con la Macroplaza mediante el canal de Santa Lucía.
La empresa multinacional Ternium compra IMSA.
- 2008 Se presenta en MARCO una exposición retrospectiva del pintor Julio Galán, con más de cien óleos.
El Ballet de Monterrey se proyecta a nivel nacional e internacional con presentaciones en Nueva York y en el Festival Cervantino de Guanajuato.
- 2010 La empresa Heineken adquiere Cervecería Cuauhtémoc Moctezuma.
El huracán Alex, casi tres veces más fuerte que el Gilberto, causa destrucción en la infraestructura y vialidad de Monterrey.
- 2011 Se construye la Plaza Cívica Independencia y el Centro Comunitario Bicentenario en la colonia Independencia como parte de un proceso de transformación social y urbana.

¹ Vito Alessio Robles, *Acapulco, Saltillo y Monterrey en la historia y la leyenda*, Ciudad de México, Porrúa, 1981, p. 262.

² Abraham Nuncio, *El Grupo Monterrey*, México, Editorial Nueva Imagen, 1982, p.216.

AGRADECIMIENTOS Y NOTA SOBRE LAS FUENTES

Existen distintas versiones sobre los hechos que se relatan en este ensayo. No he pretendido ofrecer una versión definitiva de la historia de Monterrey y de sus edificios y espacios públicos. He buscado dar forma a las experiencias y perspectivas de la ciudad de algunos de sus habitantes; he buscado, ante todo, presentar el pasado de la ciudad como lo viven hoy muchos regiomontanos. Se trata de una visión personal de Monterrey, con la que espero que algunos lectores puedan identificarse.

Las fuentes que he consultado son en su mayoría orales. La principal de estas fuentes son la anécdotas de mis abuelos maternos, José Ruiloba Benítez y Conchalupe Madero González, quienes participaron en el proceso de investigación, escritura y revisión de este ensayo.

Adicionalmente realicé entrevistas y sostuve conversaciones con las siguientes personas: Adán Lozano Arrambide, Antonio Elosúa Muguerza, Juan Manuel Casas García, Eduardo Padilla Martínez Negrete, Fernando López Carmona, Juan Tonda Magallón, José Emilio Amores, Guillermo Sepúlveda, *El Chino* López Cabrera, Juan Celada Salmón y Armando Ravizé Rodríguez. A todos ellos les agradezco el haberme ofrecido su visión de la ciudad y su pasado.

Finalmente, quiero agradecer a las diversas personas me asistieron en el proceso de trabajo, proveyéndome información o fotografías, u

ofreciendo sus comentarios sobre el texto. Entre ellos se encuentran Carmen Ruiloba Madero, Agustín Landa Vértiz, Agustín Landa Ruiloba, Isabel Ruiloba Madero, Conchalupe Ruiloba Madero, Mauricio Guajardo Touché, Derin McLeon, Eduardo Padilla Sada, Patricio Zambrano Barragán, Felipe García Landa, Enrique Salas Ayala, David Osorio Fernández, Gabriela Gutiérrez Ramírez, Carlos Celada Barrera, Carlos Jiménez Ramírez, José Nieto Rueda, Javier Orozco, Alejandra Priede Schubert, Mónica Suberville Rodríguez, Juan Farré Fernández, Rodolfo Barragán Delgado, Roberto Romero Ramírez, Alberto G. Villarreal G., Javier Cenicacelaya Marijuán y Jorge Vértiz Gargollo.

En adición a las fuentes orales, los principales libros que me asistieron a lo largo del proceso de trabajo se encuentran como referencias en notas al pie, así como en la bibliografía a continuación.

BIBLIOGRAFÍA

- Alessio Robles, Vito, *Acapulco, Saltillo y Monterrey en la historia y la leyenda*, Porrúa, Ciudad de México, 1981.
- Arenal, Sandra, *Mujeres de Tierra y Libertad*, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, Monterrey, 1999.
- Barragán, Juan Ignacio, "Arquitectos del Noreste" en *Arquitectos del Noreste*, año 3, número 10, 11, 12, 1992.
- Casas García, Juan y Rosana Covarrubias Mijares, "Alfred Giles en Monterrey", en *Monterrey a principios del siglo XX*, Museo de Historia Mexicana, Monterrey, 2003.
- Cavazos Garza, Israel, *Breve historia de Nuevo León*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1994.
- Diccionario biográfico de Nuevo León*, UANL, Monterrey, 1984.
- Cerutti, Mario, *Burguesía y capitalismo en Monterrey, 1850-1910*, Fondo Editorial de Nuevo León, Monterrey, 2006.
- Curtis Tyler, R. "Santiago Vidaurri and the Confederacy", en *The Americas*, vol. 26, número 1, 1969.
- Elizondo Elizondo, Ricardo, *Los sefarditas en Nuevo León: reminiscencias en el folklore*, AGENL, Monterrey, 1987.
- Garza Gutiérrez, Luis Martín, *Raíces de la música regional de Nuevo León*, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, Monterrey, 2006.
- González Pozo, Alberto, *Enrique de la Mora. Vida y obra*, INBA, Ciudad de México, 1981.
- Landa Ruiloba, Pablo, "Apuntes sobre la arquitectura del Tec de Monterrey", en *Gaceta Yale-México*, vol. 1, número 1, otoño 2006.
- Landa Vértiz, Agustín y Pablo Landa Ruiloba, "Máquinas para el aprendizaje", en *Cátedra Blanca VI*, ITESM, Monterrey, 2007.
- Martínez, Óscar Eduardo, "Monterrey, ciudad nueva, ciudad vieja", en Israel Cavazos Garza, (Coord.) *Enciclopedia de Monterrey*, vol. 2, *El Diario de Monterrey*, Monterrey, 1996.
- Melé, Patrice, *La producción del patrimonio urbano*, Ciesas, México, 2006.
- Mendirichaga, Rodrigo, *El Tecnológico de Monterrey. Sucesos, anécdotas, personajes*, Ediciones Castillo, Monterrey, 1982.
- Los cuatro tiempos de un pueblo, Nuevo León en la historia*, Instituto Tecnológico de Monterrey, Monterrey, 1985.
- Mora Torres, Juan, *The Making of the Mexican Border: The State, Capitalism, and Society in Nuevo León, 1848-1910*. University of Texas Press, Austin, 2001.
- Nuncio, Abraham, *El Grupo Monterrey*, Editorial Nueva Imagen, México, 1982.
- Visión de Monterrey*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1994.
- Olvera Gudiño, José Juan, *Colombianos de Monterrey: origen de un gusto musical y su papel en la construcción de una identidad social*, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, Monterrey, 2005.
- Ravizé, Armando, *Obras para la comunidad*, Monterrey, 1985.
- Roel, Santiago, *Nuevo León, Apuntes Históricas*, Ediciones Castillo, Monterrey, 1977.
- Vizcaya, Isidro, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, Fondo Editorial de Nuevo León, Monterrey, 2006.

Este libro se terminó de imprimir en enero de 2012, en los talleres de Proceso Gráfico, S.A. de C.V.
El cuidado editorial estuvo a cargo del Fondo Editorial de Nuevo León.

OTRAS PUBLICACIONES

Pliegues en la membrana del tiempo
Fotografía y correspondencia en la
frontera norte
1840-1870

Ricardo Elizondo Elizondo

Los límites de lo tolerable
El divorcio en Nuevo León
1850-1910

Sonia Calderoni

La élite de Monterrey y el Estado
mexicano
1880-1940

Alex Saragoza

Deferencia y desafío en Monterrey
1890-1950

Michael Snodgrass

Todos los caminos conducen al norte
Nora Guzmán

Confrontando El Álamo
James E. Crisp

ISBN: 978-607-7577-59-1



LAS CRÓNICAS DE MONTERREY que Pablo Landa relata e ilustra tienen su origen en recuerdos familiares que llevan al autor a indagar en otras épocas, a observar los edificios y monumentos que nuestros antepasados nos legaron, y a interpretarlos a la luz de sus ideales para así mirar la ciudad como un espejo de lo que fuimos y lo que somos.

Esta ciudad que desde el siglo XIX transformó sus pequeños talleres en grandes fábricas para convertirse en el polo industrial de México, durante el siglo XX hizo de la industria el eje de su transformación social y crecimiento demográfico y económico, y de la diversificación de su población.

A lo largo de su historia, Monterrey se ha sobrepuesto a cada crisis con inventiva e innovación. Cuando en 1986, el cierre de Fundidora parecía haber terminado un capítulo emblemático de la ciudad, sus instalaciones se convirtieron en monumento histórico y parque cultural y recreativo, demostrando que la industria sigue siendo el fundamento de su devenir, base de su enriquecimiento cultural y de la definición de una ética específicamente regiomontana.